Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLI | San José, Costa Rica **1944** Sábado 25 de Marzo | No. 5

Año XXIV — No. 971

SUMARIO:

Un recuerdo para Antonio Machado

Por Rafael Alberti.

(De *Biblos*, órgano oficial de la Cámara Argentina del Libro. Año II, Nos. 7-8. Buenos Aires).

Señoras, señores, pueblo amigo de Buenos Aires:

Hablar de uno de los poetas más hombres, más humanos que ha habido, siempre me atraerá, me confortará más, dejándome un ancho margen para el campo del corazón, que dedicar aunque sólo sea media hora, a ese otro tipo de artistas que levantan murallas, fuertes de contención entre la vida real de la sangre y la de la obra. Por eso, sin señalar ejemplos de estos últimos, que los ha habido y grandes—un Góngora, por citar uno solo, supremo, del pasado—, prefiero hoy día, época de hombres, traer aquí, con nosotros, y en forma de recuerdos, a un Antonio Machado, prototipo, canon de lo que un poeta de este tiempo —"del tiempo", como él por boca de su Juan de Mairena diría—debe ser.

Rafael Alberti

Cuando se ha conocido a un poeta en carne y hueso—mejor diríamos al tratarse de éste, en cuerpo y alma—; cuando hemos seguido paso a paso, unas veces de lejos y otras de cerca, su vida, queriéndole, además, como algo familiar, casi paterno, nos es más que imposible recordarle sin sentirle sentado a nuestro lado, oyendo su buena voz, voz siempre buena y entrañable, sea ya la acompasada de su verso: o la llana y suave conversación.

Quiero, pues, en este breve espacio, y bajo el ancho cielo protector de Buenos Aires—nunca mejor sentido así por un poeta alejado de España—; quiero mover la imagen viva de Machado en medio de la viva luz de esta Primera Feria, entre cuyos libros, para honra suya y de todos, refulgen los de él, sombra ya en paz por otros campos.

Imagen primera y real Antonio Machado

Confieso que, cuando muy joven, en esa primera feliz edad poética de la búsqueda y el asombro, nunca sufrí desasosiego por conocer a esos que oíamos diariamente llamar "los grandes hombres", "los maestros" y que con tanta frecuencia, además, veíamos en las calles, el Café, los teatros... Pero hubo un año de mi vida en que se produjeron circunstancias que me obligaron, ya gustoso e inquieto, a buscar a uno de ellos: a Antonio Machado. Y esas circunstancias eran de agradecimiento, pues él, con otros grandes escritores, acababa de votar—1924—el Premio Nacional de Literatura para mi libro de poesías "Marinero en tierra".

Así que una mañana, me presenté, sin aviso, en casa del poeta. Pero—gran desilusión, mala suerte—el poeta no estaba. No vivía en Madrid. Su madre, una anciana pequeñita y fina, apareció de un cuarto para decírmelo:

—Mi hijo anda por Segovia. Viene muy poco por acá. Es difícil verle.



Antonio Machado
(1933).
Por *José Machado.*

Pasó algún tiempo, en el que poco a poco aquel ya vuelto en mí apremiante deseo por conocerle, se fué calmando, descendiendo a ese fondo donde esperan, dormidas, las cosas que no lograron su final, satisfacer su luz, cumplirla. Pero todo, de pronto, vuelve a emerger, a irrumpir, llamado desde fuera, desde la superficie menos sospechada.

Yo sólo conocía de la imagen real del poeta castellano-andaluz lo dicho por él mismo en unos versos ya famosos:

Ni un seductor Mañara ni un Bradomín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—

No lo había visto ni de lejos. Me sabía, eso sí, de memoria una sola fotografía suya, aparecida al frente de sus poesías, en edición de la Residencia de Estudiantes: un Machado, aun bastante joven, grave y triste, con cara de caído de la luna, saliendo de un alto cuello duro chimenea, corbata de plastrón, anticuado, anacrónico.

Subía yo una mañana por la Calle del Cisne, de Madrid, cuando por la acera contraria vi que bajaba, lenta, una sombra de hombre, que, aunque muy envejecida, identifiqué sin

vacilar con la de aquel retrato de Machado perdido en mi memoria. Bajaba, lenta, como digo, con pasos de sonámbula, de alma enfundada en sí, ausente, fuera del mundo de la calle en la mañana primaveral sonante a árboles con pájaros.

"Es él. Si no me atrevo ahora, no me atreveré nunca", me dije. Y mientras cruzaba, sofocado, de acera a acera, me fuí repitiendo varias veces los primeros versos del retrato que Rubén Darío le dibujara tan magistralmente:

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez...
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
de timidez y de altivez.
Y la luz de sus pensamientos
casi siempre se veía arder...

Aquél era, aquella era: sombra misteriosa, silenciosa sombra de poeta que yo iba a osar detener un instante.

—¿Don Antonio Machado?

No olvidaré nunca los silencios que tardó en responderme con dos "Sí, sí" espaciados, como si hubiera tenido que hacer un llamamiento a la memoria para acordarse de su nombre.

—Quería sólo conocerle y darle las gracias...

—¡Ah! ¡ah!—repitió, todavía mal despierto, tomándome la mano—. No tiene usted que agradecerme nada...

Y ausentándose nuevamente, perdida sombra entre las laberínticas galerías de sí mismo, "mal vestido y triste", lo vi alejarse en la mañana de sol de nuestro primer encuentro, calle del Cisne abajo...

Imagen de su poesía

La casa tan querida
donde habitaba ella,
sobre un montón de escombros arruinada
o derruída, enseña
el negro y carcomido
maltrabado esqueleto de madera.
La luna está vertiendo
su clara luz en sueños que platea
en las ventanas. Mal vestido y triste
voy caminando por la calle vieja.

Sí, "mal vestido y triste", iba siempre el poeta de las "Soledades", con aire siempre de venir de provincia, de la "Soria fría" castellana, donde conoció a su esposa y adonde la perdió. Es esta muerte sola la que va a impelerle a caminar, como el *fantasma irrisorio* de sus versos, por esos largos corredores misteriosos, de oscuras bóvedas resonantes, sintiendo voces conocidas, como Bécquer, y la tibieza de una "mano de nieve" guiadora.

Era la buena voz, la voz querida...
—Dime: ¿vendrás conmigo a ver el alma?
Llegó a mi corazón una caricia.
—Contigo siempre... Y avancé en mi sueño
por una larga, escueta galería,
sintiendo el roce de la vesta pura
y el palpitar suave de la mano amiga.

Sí, era dejado y triste este noble poeta. Pero su dejadez, su abandono exterior, le venían del alma: alma desnuda, espíritu olvidado de su cuerpo, a quien lo conformaba con el atuendo más humilde. Su tristeza no era la literaria de cierta poesía, contemporánea suya, a la que nunca cuadró mejor el título de "decadente". Era tristeza fuerte de varón, de hombre sufrido, socavado en lo hondo de las raíces. Tristeza de árbol alto y escueto, con voz de aire pasado por la sombra. Y con la naturalidad, con la llaneza propia de lo verdadero, de lo que no ha brotado en la tierra para el engaño, hizo sonar sus hojas melancólicas en su poesía. Hay que remontarse—como ya se viene repitiendo—casi a Jorge Manrique para encontrar en castellano manantial más auténtico, más natural en su fluir. Hubo muchos poetas que consiguieron lo más fácil: hablar en verso; pero él, en cambio, logró lo más difícil: hablar en poesía. Por eso decimos que este venero suyo va a confluir con el más límpido de Jorge Manrique, hermanándose, ramificándose ambas aguas bajo la arena tornadiza de cinco siglos. ¡Con qué sereno acento familiar, con qué segura voz de hablada poesía va encadenando el viejo poeta guerrero del siglo XV sus desesperanzadas preguntas en las inmortales coplas dedicadas a la muerte de su padre, el Maestre de Santiago:

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?

¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?

¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?

Qué se hizo aquel danzar
y aquellas ropas chapadas
que traían?

Hay que bañarse un solo instante en el lago de Bécquer, poeta, a veces, del vocablo directo, para ir a dar en ese río de Machado y hallar en él, como digo, ¡y con qué plenitud! esta misma sencillez de tono, parecida voz de alma, parecido temblor, austeridad y grandeza.

Daba el reloj las doce... y eran doce
golpes de azada en tierra...
...¡Mi hora!—grité—... El silencio
me respondió: —No temas;
tú no verás caer la última gota
que en la clepsidra tiembla.

Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera.

Y este otro, tan becqueriano, a pesar de su lenta cadencia interminable:

Llamó a mi corazón un claro día,
con un perfume de jazmín el viento.

—A cambio de este aroma,
todo el aroma de tus rosas quiero.
—No tengo rosas; flores
en mi jardín no hay ya: todas han muerto.

Me llevaré los llantos de las fuentes,
las hojas amarillas y los mustios pétalos.
Y el viento huyó... Mi corazón sangraba.
Alma, ¿qué has hecho de tu pobre huerto?

Antonio Machado no amaba lo barroco, contra el cual arremete por boca de su Juan de Mairena. Era el anti-Góngora, aunque él reconociera la genialidad del poeta cordobés. Era, podríamos decir, el anti-Renacimiento, en lo que éste tuvo para España de corteza verbal, de suntuosidad y grandilocuencia. El mismo nos dejó dicho en un poema que su poeta favorito, el primero de todos, era el viejo Gonzalo de Berceo:

El primero es Gonzalo de Berceo llamado,
Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino,
que yendo en romería acaeció en un prado,
y a quien los sabios pintan copiando un pergamino.

Y como andaluz, niño de infancia por jardines y patios del Palacio de las Dueñas de Sevilla, había bebido en el cántaro fresco de la copla popular, de la pasión directa, sin adorno, de la sentencia sabia, sin disfraces, subida escuetamente de la garganta honda de su pueblo. De ahí su preferencia, su escape continuo hacia los metros cortos, o hacia "la rima pobre", como dice en una canción; su tendencia a las asonancias, a la cadencia de romance, incluso cuando emplea los metros mayores, como el alejandrino, o el endecasílabo, jugado con el heptasílabo, como silva asonantada:

Erase de un marinero
que hizo un jardín junto al mar,
y se metió a jardinero.

Estaba el jardín en flor,
y el marinero se fué
por esos mares de Dios.

A la vera del camino
hay una fuente de piedra,
y un cantarillo de barro
—glú-glú—que nadie se lleva.
Adivina adivinanza
qué quieren decir la fuente,
el cantarillo y el agua.

Y las silvas asonantadas, romancescas, de los Campos de Soria:

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas sierras,
caminos blancos y álamos del río,
tardes de Soria, mística y guerrera,
hoy siento por vosotros, en el fondo
del corazón tristeza,
tristeza que es amor! ¡Campos de Soria
donde parece que las rocas sueñan,
conmigo vais! ¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas!

¡Oh, sí, conmigo vais, campos de Soria,
tardes tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño
del suelo gris y de la parda tierra,
agria melancolía de la ciudad decrépita,
me habéis llegado al alma!,
¿o acaso estábais en el fondo de ella?
¡Gentes del alto llano numantino
que a Dios rezáis como cristianas viejas,
que el sol de España os llene
de alegría, de luz y de riqueza!

Así, mal vestida y triste, pobremente vestida, con un traje que de tan pobre nos transparenta ya la desnudez, anda también la poesía de Machado. Pero esa modestia, esa humildad de medios, esa diaria escasez son su inmensa riqueza, el tesoro que nos ha dejado y que cada día que pasa logra una nueva altura y mayor resplandor.

Imagen distraída, o la historia de un libro

La segunda vez que vi a Antonio Machado fué en el Café Español, un viejo café siglo XIX, que había frente a un costado del Teatro Real, de Madrid, cerca de la Plaza de Oriente. Empañados espejos de aguas ennegrecidas, recogían la sombra de estantiguas señoras enlutadas, solitarios caballeros de cuellos anticuados, pobres familias de la clase media con sus ajadas *niñas* casaderas, tristes flores cerradas contra el rendido terciopelo de los sillones.

Un ciego, buen músico, según el sentir de los asiduos, tocaba al piano, mientras que una muchacha delgaducha iba de mesa en mesa buscando el convite—un café con tostada, acompañado de algún que otro pellizco furtivo— de los ensimismados admiradores de su padre. Desde la calle, llovida y fría de enero, tras los visillos iluminados de una de las ventanas, adiviné la silueta de Machado y entré a saludarle. Yo venía de una pequeña librería íntima, cuyo librero, gran amigo de los jóvenes escritores de entonces, acababa de conseguirme un raro ejemplar de los poemas de Rimbaud, sintiéndome infantilmente feliz aquella tarde sabiéndolo apretado bajo mi gabán para preservarlo de la lluvia. Machado me saludó muy cariñoso, ofreciéndome en seguida un asiento a su lado, mientras me presentaba a sus contertulios. Muy ufano, al quitarme el gabán, le descubrí mi precioso volumen, que él hojeó con un débil gruñido aprobatorio, dejándolo luego sobre la silla que a su izquierda sostenía sobre el respaldo los abrigos y las bufandas. De los presentados, sólo recuerdo hoy a uno: al viejo Ricardo Calvo, gran amigo del poeta. Aquella tarde, ausencia rara, no se encontraba allí su inseparable hermano Manuel. Los demás que le rodeaban eran extraños señores pasados de moda y como salidos de alguna rebotica de pueblo. Y así creo que era, pues la conversación durante el rato que yo estuve, aleteó siempre, cansina, alrededor de cosas provincianas, preocupaciones y cosas bien lejanas y ajenas a aquellas tazas de café que tenían delante: el traslado de algún profesor de instituto, la enfermedad de no sé quién, las heladas, la cosecha del año anterior, etc.



Al cabo de un tiempo, observé que Machado fumaba y fumaba, bajando, distraído, el cigarrillo hacia el lugar donde yo calculaba debía hallarse posado mi querido Rimbaud. Con un espanto mal reprimido, quise mirar, primero por encima del hombro de don Antonio y luego por debajo de la mesa, para cerciorarme de que la poesía del más excepcional poeta de Francia no estaba sirviendo de cenicero a las colillas del gran poeta español. Pero no me atreví, por encontrarlo poco delicado y considerar, además, mis sospechas indignas y exageradas.

¡Ah, pero qué mal hice, qué mal hice!,—iba reprochándome poco después bajo los faroles verdes y los altos monarcas visigodos de la Plaza de Oriente.

Mas desde aquella noche, pude mostrar—no sin cierta sonrisa melancólica—a cuantas personas han venido pasando por mi casa, mi raro ejemplar de Rimbaud, aún más raro y valioso por las redondas quemaduras que los cigarrillos de Machado le abrieron en sus cubiertas color hoja de otoño.

¡Qué no daríamos todos, pienso yo ahora, por encontrarnos aquí, a la salida de esta charla, con algún libro nuevo, avalorado aunque sólo fuera por una mancha de tinta de Lugones, una hoja rasgada por Herrera y Reissig, o—¿por qué no decirlo?—con un libro asurado por las llamas de cualquiera de esos autos de fe que con tan diario fervor se celebran en ciertas tristes zonas de cierto continente!

Imagen elegíaca

La última vez que vi a Antonio Machado fué en Valencia, en aquella casita con jardín, de las afueras, que su gobierno le había dado. Su poesía y su persona ya habían sido tocadas de aquella ancha herida sin fin que habría de llevarle poco después hasta la muerte. La fe en su pueblo, aunques ya antes la hubo dicho, la escribía entonces a diario, volviendo nuevamente a adquirir su voz aquel latido tan profundo, de su época castellana, ahora más fuerte y doloroso, pues el agua de su garganta borboteaba con una santa cólera envuelta en sangre, Mas, como siempre, a él, en apariencia, nada se le transparentaba. Estaba más contento, más tranquilo, al lado de su madre, de sus hermanos y aquellos sobrinillos, de todas las edades, que lo querían y bajaban del brazo al jardín, dándole así al poeta una tierna apariencia de abuelo. Desde los limoneros y jazmines—¡oh flor y árbol tan puros en su verso!—cercana, aunque invisible, la presencia del mar Mediterráneo, Machado veía contra el cielo cobalto las torres y azoteas de Valencia, bajo el constante moscardoneo de los aviones de guerra. Y meditó una vez:

Ya va subiendo la luna
sobre el naranjal.
Luce Venus como una
pajarita de cristal.

Ambar y berilo
tras de la sierra lejana,
el cielo, y de porcelana I.
morada en el mar tranquilo.

Ya es de noche en el jardín
—¡el agua en los atanores!—
y sólo huele a jazmín,
ruiseñor de los olores.

¡Cómo parece dormida
la guerra, de mar a mar
mientras Valencia florida
se bebe el Guadalaviar!

Valencia de finas torres
y suaves noches, Valencia,
¡estaré contigo,
cuando mirarte no pueda,
donde crece la arena del campo
y se aleja la mar de violeta!

. . .Y no pudo mirarla más, pues que el poeta era ya una elegía, casi un recuerdo de sí mismo, cuando allá, solo en Colliure, un pueblecillo cualquiera de Francia, cercano al mar, vino la muerte a tocarle, al borde de su arreado pueblo heroico, como a un soldado soldado más, lo que real y humildemente llegó a ser.

Desde entonces, allí, en otra tierra, y no en la suya junto al Duero, como él había soñado, esperan sus huesos.

El arte de vejecer

Por Azorín

(De *La Prensa*, Buenos Aires, 10 de octubre de 1943).

He ido a ver a Juan Pascual. Nadie puede ver a Juan Pascual; no hay equívoco en la frase; Juan Pascual no recibe a nadie. He logrado yo ver al personaje. La casa es cómoda: hay en ella alfombras de nudo, tillados lucientes; en la sala he visto, en tanto aguardaba, una reproducción del Desnarigado de Rodín, varios paisajes de Beruete, vistas de Cuenca, un boceto de Rosales. Ante mí, había, en el testero, un magnífico retrato de la madre de Juan Pascual, pintado en París por Francisco Domingo Márquez. Estaba yo contemplándolo cuando he advertido que se posaba una mano en mi hombro. Juan Pascual había entrado quedito en el salón. Y me decía:

—Venga usted conmigo; aquí no estamos bien.

Hemos comenzado a andar por corredores, a través de salas, y hemos pasado por una galería o solana de cristales. En el fondo de la casa, estaba el aposento de Juan Pascual. Era una salita, con alcoba, de paredes desnudas y con muebles sencillos. Lo miraba yo todo con curiosidad; reparaba en el contraste de esta habitación, pobre, con el resto confortable de la casa.

—¿Es ésta su habitación predilecta, Juan Pascual?, — le he preguntado.

—Sí, aquí vivo yo, y duermo, y trabajo. Sin llegar a la aspereza, no me convenía la molicie; el choque, en el campo, al ponerme en contacto con la Naturaleza, hubiera sido siempre muy rudo. Aparte de que el habitáculo habitual influye también en los pensamientos.

Convenía yo con Juan Pascual y estaba observando atentamente a mi personaje. Ha reparado en mi inspección, y sonriente me ha dicho:

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? Creo que diez años. ¿Y cuánto tiempo tenía yo hace diez años? Pues setenta y cinco; conque ahora tengo ochenta y cinco. No lo parece. Está usted pensando que no lo parece. El arte de vejecer es muy difícil, y yo he procurado saberlo y practicarlo. Vejecer es un arcaísmo; me gusta más que envejecer. Si decimos envejecer parece que es la fuerza de la edad la que nos lleva al final; diciendo vejecer es como si nosotros, a nuestro albedrío, fuéramos guiando nuestra ancianidad. Fuera de que contamos con otro vocablo: vegetar. Pero éste ya parece más perteneciente a la vida animal que a la dotada de racionalidad. ¿Ha leído usted las macrobiáticas? Tengo aquí varias.

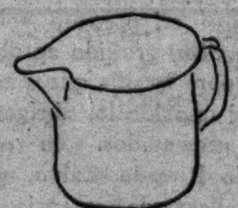
Se ha levantado, y con agilidad y presteza, ha ido a un estante y ha sacado varios libros. Los ha puesto en la mesa y ha traído uno en la mano. Blandiéndolo, me ha dicho:

—Los libros son interesantes; pero la vida lo es mucho más. Esto es lo que los jóvenes no quieren comprender; ya hablaremos luego de la animosa juventud. Este volumen es "La Macrobiática" de Huffeland, traducida al castellano en 1839. He leído el libro con provecho; pero hay otros libros referentes al caso que me interesan más. Aquí tengo también un librito del siglo XVIII titulado "El arte de vivir sano y largamente"; su autor es el escolapio Gaspar Morardo. Y está puesto en castellano por otro discípulo de San José de Calasanz. Tengo predilección por los libros del siglo XVIII; soy yo también, no lo niego, un hombre de esa centuria. En los libros del siglo XVIII, especialmente en los de medicina, aprendo a observar; aquellos hombres fueron buenos observadores. Y veo también cómo la erudición cambia. Nada hay más fallecedero que la erudición; digo la erudición del momento, y no la atañedera a los grandes nombres. ¿Quién conoce hoy a las autoridades que cita en su libro Gaspar Morardo? Todos esos autores eran reputadísimos en su tiempo; a todos debía conocerlos un médico amante de su profesión. Y sin embargo, hoy no son más que una curiosidad histórica. Mañana lo serán igualmente muchas autoridades médicas que están hoy en pinganitos. Así es el mundo y así es la ciencia. Sobre todo, la ciencia de curar.

No sé a dónde me encaminaba. Pero es lo mismo decir una cosa que otra; lo importante es que lo que se diga no sea vulgar. He leído también con viva satisfacción el libro del doctor Gueniot, publicado en París, con el título de "Pour vivre cent ans". El autor escribió este libro a los noventa y nueve años. No se puede decir que no tenía experiencia en la materia. Pero vuelvo a Morardo, dejando a un lado también a los clásicos Cornaro y Lessio. En este librito del escolapio hay un paso que siempre me ha impresionado; es el siguiente: La juiciosa razón me ha demostrado que la tensión y la violencia del cerebro hace flojas, perezosas e inhábiles las demás partes orgánicas, retarda e impide el curso de los humores, y que esta inercia, esta inacción; este retardo e impedimento es una fuente inagotable de infinitas enfermedades que redundan después en el espíritu y entendimiento e impiden los generosos progresos.

Como entraba por la ventana un rayo de sol que le estaba dando en la cara, Juan Pascual ha cambiado de asiento y se ha llegado un poco más cerca de mí. Sonreía; había en todo su talante una dulce placidez. Con la misma voz sosegada de antes ha proseguido:

—Lo que más debemos evitar, tanto viejos como jóvenes, es la fatiga mental. Cuando se está fatigado no se hace nada de provecho. Debemos dejar la tarea en el punto en que la afluencia natural cesa. Si nos fatigamos y con la fatiga continuamos, trabajando, el carácter ser agría; estamos propicios a los piques y resquemores. En cada palabra encontramos doble y malévolo sentido. Meditamos después, cuando la fatiga ha pasado, y vemos que la obra cumplida no es la misma que hubiéramos podido hacer con fluidez. ¿He dicho antes que hablaríamos de los jóvenes? Los jóvenes son menos interesantes que los viejos; los viejos han visto las cosas y los jóvenes las han leído Allende de que los viejos también las leyeron cuando eran jóvenes. Pero el joven nos da — lo reconozco — el bello espectáculo de la plenitud de la vida. La plenitud con todos sus arranques entusiastas y con todas sus intrepideces. No quisiera yo, con todo, volver a la mocedad. Tengo ahora un dominio de mí mismo que no tenía antes; las pasiones se han amortiguado y puedo contemplar el mundo con toda serenidad. ¡Y cuánto vale esta ecuanimidad con que juzgamos y esta quietud en que vivimos! No lea usted, cuando sea viejo, las macrobiáticas. Le voy a dar a usted tres normas que le ahorrarán ese trabajo. Si quieres vivir sano, hazte viejo temprano, dice el refrán. Me hice yo viejo a los 50 años; pienso vivir diez más sobre los 85 que cuento. Las tres normas son éstas: 1ª, no enfriarse; 2ª no empacharse; 3ª, no sofocarse. A cierta edad el enfriamiento es mortal. El doctor Huertas, gran diagnosticador, médico de Sagasta y de Castelar, me decía siempre que nos tropezábamos: "¡No se enfríe usted!" Y el doctor Huertas que se bañaba en agua fría en pleno invierno, con las ventanas abiertas, murió de un enfriamiento. No empacharse vale por no tomar empachos llegando a la repleción. No debemos jamás ahitarnos; levantémonos de la mesa con apetito. Si en la vejez tenemos un desarreglo intestinal, todo se subvertirá en nuestro organismo; el equilibrio se habrá roto y nos costará mucho el restablecerlo. Y en cuanto al no sofocarse, obvio es que las emociones, en la vejez, en toda edad, consumen nuestro suco nervioso, como se decía antes, y nos enervan. Los tres tropiezos del frío, el hartazgo y la emoción, causen, en definitiva, los mismos desastrosos efectos. Tal vez lo que temo yo más es la emoción. La violenta, desde luego. En castellano tenemos para denominarla sofoco, sofoquina, berrinche, berrinchín. Se dice también para expresar que alguien estaba arrebatado, estaba volado. No esté usted nunca volado, querido amigo. Y deje, con toda calma, que las cosas se desenvuelvan ellas mismas. Y si tenemos que decidirnos en un trance apretado, pongamos entre la aparición del conflicto y su solución dos, tres o cuatro días: todos los que podamos. Demos tiempo al tiempo y no olvidemos que un día viene tras otro día.



Una obra representativa de las épocas

Por Alfonso Orantes

(En el *Rep. Amer.*)

Los verdaderos guatemaltecos—entre los que sin jactancia me cuento—hemos visto con tristeza el atuendo y aparato con que se ha inaugurado, en fecha aciaga para el país, el Palacio Nacional, la obra cumbre de las administraciones de Ubico, según se ha dicho como el máximo elogio para aquél. Es más, la suntuosidad del propio edificio tiene que causar, a esos mismos legítimos guatemaltecos, la más honda pesadumbre porque la erección de tal edificio con la participación de los elementos más valiosos del país—según se ha dicho también—es el símbolo de la inconsciencia y de la inconsecuencia de quienes, en estas horas cruciales para la humanidad, no han sabido discriminar los valores legítimos de la nación, y, antes bien, han introducido elementos desnaturalizados y desnaturalizadores para el pueblo.

No vamos a entrar en pormenores que impresionan a los ingenuos; ni a dejarnos arrastrar por el afecto o desafecto hacia quienes proyectaron y erigieron el edificio; tampoco nos moverá la simpatía hacia los artistas—verdaderos o falsos—que hayan participado en tal manifestación suntuaria. Sabemos que el pueblo nuestro es un pueblo proclive, por tradición y naturaleza, a la cultura y que sus habilidades sentimiento, delicadeza y vocación artística se exhiben excelentes en una oportunidad cualquiera. Lo que vamos a hacer notar es que el Palacio, como obra material y espiritual—ya que se ha introducido ese término en el juicio emitido acerca de la edificación—es una expresión concreta de la mentalidad y atraso de Ubico; una evidencia del grado de descomposición nacional y un síndrome asaz agudo de la corrupción a que se ha llevado un país, sin atender a su estructura humana profunda, a su tradición y a su porvenir.

Es que Ubico, dueño de una mentalidad estrecha como ancha es su soberbia, ambición y vanidad, estima que al dejar un Palacio Nacional o al dejar una obra material para la nación como la que ha venido haciendo, se ha centrado en el corazón de Guatemala y que, de ese modo, se ha adentrado en su alma. De ese modo quiere borrar toda la crueldad, la ignominia, el oprobio y el crimen con que suntuariamente va revestido a pesar de que deseara despojarse de tan incómodo atavío.

Ubico incurre en el error en que han caído todos los gobernantes que han detentado el poder y han cometido desafueros tales que cualquier sanción que se les aplicara, —cualquier represalia que se tomara contra ellos, cualquiera venganza que se ejercitara en sus personas y bienes—justos desahogos de quienes han sido víctimas de su ferocidad, estrechez mental y moral—no pagarían nunca lo que han hecho con los pueblos que han pretendido sojuzgar. Y es que tales hombres han burlado la Constitución de sus países, aherrojado sus libertades, conculcado sus derechos, escarnecido la justicia, prostituido a sus habitantes, desmoralizado a su juventud, mixtificado la verdad y falseado todos los valores. Han hecho mofa de la probidad legítima, erigido el crimen y la arbitrariedad en sistema y se han deleitado morbosamente fomentando la inmoralidad política y social. Esos hombres no podrán conquistar nunca el alma y los sentimientos de sus pueblos. No han querido ver o no han podido ver—ambas insuficiencias funestas para ellos—que ese pueblo es un ser vital y psíquico respetable; que ese pueblo, antes que un conjunto de individuos, a los que se ha pretendido tratar como esclavos, es un conglomerado humano al que debe estimularse exaltándose sus cualidades, poniendo de relieve sus virtudes, reconociéndole sus necesidades materiales y sublimando sus energías espirituales y morales. Convertir a un país en mesnada y despreciarla como entidad orgánica y organizada considerándolo únicamente turbamulta o suma gregaria de individuos, implica un yerro y un crimen que no se va a salvar, como el propio Ubico, simplistamente lo ha creído: "echando un velo al pasado", según su propia expresión, reveladora de su inconsciencia e irresponsabilidad.

No, el pasado—ese pasado inmediato en el que viven los hombres como Ubico—no se vela con obras materiales que impresionan a los turistas, que asombran a los incautos o hagan abrir la boca a los simples y satisfagan a todos aquellos que asientan su orgullo "nacional", en edificios que son calvarios de los pueblos y sólo llenan la vanidad de los que se conforman con la exterioridad lujosa, encubridora de sus lacras. Esos palacios para alojar suntuosamente al Gobierno, al ejército y a la policía, antítesis y muchas veces verdugos de sus pueblos, son un contrasentido.

Ubico, como los dictadores y tiranos lo han hecho, estima que hace obra perdurable elevando edificios, construyendo palacios, embelleciendo ciudades, satisfaciendo la vanidad de unos pocos y sacrificando el derecho de los más, en tanto que el pueblo—que es quien paga todos esos lujos, sufre hambre, padece injusticias, es víctima de atropellos por parte de esos hombres y sus secuaces, mientras los esbirros, sicarios y lacayos intelectuales y artísticos las adulan y se ufanan y glorían con tales obras.

Ubico deja en la Capital de Guatemala dos obras que lo definen y consagran. Dos obras que tienen su fisonomía material y moral y dan la clave de su mentalidad verdadera. Esas obras son: El Palacio Nacional situado en la Plaza Central de la ciudad—en su corazón mismo—que evidencia toda la vanidad y toda la soberbia del que ordenó construirlo y el Palacio de Policía, enclavado en la arteria máxima de la urbe—en la Sexta Avenida—como un aneurisma, que habrá de romperse un día, desde donde se despliega con lujosa crueldad la fuerza que conculca, atropella y amenaza a la ciudadanía. Y es que Ubico ha menospreciado la obra cultural legítima que se hace desde la escuela, la universidad, desde la prensa libre, la que se alcanza dignificando al hombre y humanizando al pueblo. Ubico, que nada hizo ni hará ni haría en el orden espiritual, cultural y moral por Guatemala, deja esas dos obras, esos dos Palacios que son, entre otros, su retrato moral e intelectual más auténtico.

Por un lado se tendrá al Palacio Nacional como ejemplo de vanidad y jactancia y por otro—si llegare a erigirse—coexistirá el Monumento que consagra la liberación del indio, obra construída con el sudor y el producto de las privaciones de esos puros de Guatemala: los indígenas. Tal Monumento será un escarnio porque, dada la mentalidad de Ubico, nunca sería él quien hiciera algo por liberar al indígena de sus taras, por colocarlo, en el país, en el lugar que le corresponde; nunca sería un espíritu y una inteligencia—mezquina y estrecha—quien se aliase con el indio para hacerlo factor determinante de la cultura y la ciudadanía auténticas de Guatemala. Lo utilizará—ignaro y simple como es—para armarlo con fusiles, ametralladoras, cañones y tanques que, en un momento dado volverá contra sus propios semejantes en la inconsciencia de la disciplina militar y la ciega obediencia a los jefes irresponsables; pero Ubico jamás pondría con espíritu generoso, un libro, un instrumento de labranza, un utensilio, un aparato una máquina, cualquiera obra material dignificadora del hombre, para mejorarlo como ser intelectual, manual, cívico, investigador y por consiguiente, liberador de sí mismo y de sus hermanos.

Construir palacios suntuosos en un pueblo sin libertades, al que se le ha burlado en sus derechos y cuya Constitución se ha burlado; construir palacios como expresión de grandeza, cuando la pequeñez de los que los erigen se demuestra en el mantenimiento de un ejército inútil que sólo se utilizará contra el pueblo, en vez de crear un magisterio experto y dignificado para las escuelas que carecen de edificios adecuados, de útiles y enseres indispensables, teniendo los pobres niños que sentarse en el suelo por escasez de mobiliario; construir palacios en un país donde la cultura por tradición y ancestro ha sido la grandeza en que se afianza todo su contenido histórico y en vez de educar al indio, dignificarle y darle el lugar que como ser humano le corresponde, se le tiene sumido en la abyección; construir palacios a estas horas en que se debía plasmar la conciencia de la República y preparar la liberación de los hombres que han sufrido tantas tiranías, es algo inconcebible y sólo explicable por la mentalidad de Ubico. Quien en estos tiempos y en estos momentos, en un país como Guatemala, ávido de libertad, sediento de instrucción, necesitado de cultura integral, de verdad, de humanidad y de pan, esté levantando Palacios, no sólo ignora que ha llegado la era de las transformaciones sociales más profundas y de la reivindicación del hombre, sino que desconoce y ha desconocido las virtudes y los quilates que atesora el pueblo que inconstitucionalmente gobierna y tiránicamente oprime.

Pero si la terminación del Palacio Nacional nos mueve a estas consideraciones que se alargarían indefinidamente, la obra en sí, aunque en

Rosendo Barrientos León

Esta es la columna miliaria del Rep. Amer. Rosendo Barrientos León *durante 25 años, y en esta ciudad, tomó parte en la distribución y cobro del* Rep. Amer. *Se condujo siempre como un hombre responsable, en la constancia y honradez de sus servicios. Que en paz descanse!*

ella se hayan aplicado todos los recursos del país, la arquitectura de ese edificio o ese edificio como arquitectura, nos mueve a expresar que se trata de algo híbrido ya que no se compadecen, en la fábrica, varios estilos y modalidades de estilos: renacimiento español, mudéjar y árabe. Es que, además, el Palacio Nacional, representa el espíritu reaccionario de toda una época, la quintaesencia de todas las épocas de desorganización y de opresión para Guatemala, que no han dejado levantar la cabeza al ciudadano puro, al ser civilizado que se alberga en cada uno de los elementos del pueblo. Ese palacio tiene como toda la obra de Ubico, lo superfluo y lo ficticio, lo indefinido, morboso y sensual de su temperamento.

Por eso mismo, repito, los verdaderos guatemaltecos, hemos visto con la más honda pesadumbre la erección de ese Palacio, en el país donde lo primero que hay que hacer es echar las bases de una regeneración total, en donde lo fundamental es mejorar la condición material del pueblo, elevar el índice cultural y moral, humanizarle, dignificarle y salvarle del deshonor, del servilismo, de la adulación de todos los vicios que han mantenido los regímenes militarizados de Guatemala, de los que Ubico es máxima expresión.

Pero a pesar de toda esa ignominia y de ese crimen de hombre tan irresponsable y cínico, a pesar de que los valores del pueblo se han sub-sumido en la abyección, todavía queda el espíritu puro de ese mismo pueblo, sepultado ahora en lo más hondo de su ser desnutrido y triste; todavía queda el espíritu limpio, capaz de sacrificio, para liberarse, después de esta guerra que es el principio de todas las revoluciones mundiales, de la revolución ecuménica, y, afortunadamente también, como respondiendo a esa voz subterránea del país, que un día tiene que hacerse oír en Guatemala y en el mundo y conmoverá con su verdad hasta las entrañas mismas de los desalmados, el espíritu de los guatemaltecos, no contaminados, tiene una voz que será como la expresión de su único recurso liberatorio de las dictaduras y las mentiras, de salvación radical, afortunadamente también... todavía hay y habrá terremotos en Guatemala.

Costa Rica, a fines de 1943.

La América Latina en la post-guerra

Por el Lic. **Alfredo Trejo Castillo.**
(En el *Rep. Amer.*)

¿Cuáles son las aspiraciones de la América Latina para la post-guerra? Lo ignoramos completamente. Creemos estar en lo cierto al asegurar que ningún país las ha concretado. Sin embargo, no se puede negar que vagamente se ha hablado de una Liga continental. Para los que se preocupan por esto, no está demás que tengan presente que Heriberto Jorge Wells afirma que la Liga de las Naciones fracasó porque ignoró la vasta desorganización de la vida humana y las finanzas modernas que están en acción, y de las que la guerra mundial de 1914 fué apenas un subproducto. Pero en abono si no de una Liga continental, de las Uniones regionales, se puede decir esto: que se ha entrado bastante en el tiempo en que la abolición de las distancias por los aviones representa la abolición de las fronteras en diversos aspectos, y significa, además, un requerimiento de la unión en lo posible y en lo relativo a los asuntos humanos. Argumento, por supuesto, también de Wells, lo mismo que este último que vamos a citar: el ciclón guerrero que se ha desencadenado se debe a la continua fragmentación del gobierno humano en una marquetería de estados soberanos.

Conviene no pasar por alto reflexiones de escritor tan notable, considerado por Anatole France como la más grande fuerza intelectual de habla inglesa.

Para que no se haya precisado nada, han influido varios factores:

1º—No haber podido discutirse libremente nada, casi en ninguna parte.

2º—Las intenciones ocultas y la falta de sinceridad y de franqueza.

3º—La impreparación y el poco deseo de cumplirla con el esfuerzo consiguiente.

4º—El hábito de pensar sólo para las cosas ambientes. Es decir, del país a que se pertenece.

5º—Algo que parece insólito: el escaso contacto aun entre muchos pueblos. Centro y Sud-América se hallan la una respecto de la otra en esas circunstancias.

6º—La falta de intercambio intelectual sobre sus propósitos.

7º—El pasivismo de las Universidades, etc., etc.

Principiamos por manifestar que las aspiraciones de la América Latina han de precisarse con criterio más que realista.

No vamos a indicar que aspire a una economía planificada con dirección socialista; ni al control del estado y del obrero en las empresas privadas; ni al logro de medidas eficaces para combatir el nacionalismo individual de tan perniciosas consecuencias; ni a enderezar sus pretensiones hacia una más acertada reforma agraria, con previsión económica a la vez, que aumente el número de propietarios entre el campesinato; ni a mayores facilidades para la difusión de la cultura; ni a una paz muy prolongada; ni al florecimiento pleno, por generación espontánea, de las cuatro libertades, desmentidas ahora mismo por los mismos hechos; ni a la liquidación de las colonias poseídas por el viejo mundo en este Hemisferio; ni a un seguro social con los alcances del planteado por William Beveridge; ni a estas o aquellas cosas semejantes. Dejamos a otros más optimistas el proponerlo.

No vamos a decir siquiera que aspire a subir tres gradas en la vida democrática. Sabemos de sobra que no podrá lograrlo.

Aspiremos a que alcance un escalón solamente. Tal peldaño sería el que sigue: un convenio general entre los veinte países latinoamericanos, con arreglo a estas sencillas bases:

a) Un período presidencial de cuatro años para todos;
b) No reelección en ningún tiempo.
c) Toma general de posesión de la presidencia del mismo día y entrega también del poder en la misma fecha.
d) No reconocimiento del infractor y boicoteo consiguiente.
e) Alternamiento riguroso en el poder en cada país, de los dos partidos que representen la mayoría y participación en el gobierno de la minoría.
f) Garantía adecuada.
g) Acomodamiento de las Constituciones a tales bases.

Con esas bases simplemente, por demás sencillas, y dependientes sólo de un poco de buena voluntad y de sana intención, si llegaran a lograrse, se obtendría:

1º—Una verdadera paz interior dentro de cada país, no la de los sepulcros que es la que reina ahora, con escasísimas excepciones.

2º—Un mínimum muy aceptable de libertad individual y de libertad de prensa, suficientes para la armonía de las colectividades y para promover su progreso, no la negación atroz de ambas que es la que priva en la actualidad.

3º—Disminución también al mínimum de los odios y venganzas; por lo tanto, dejarían de podrirse en las cárceles multitud de hombres que no tienen otro delito que pugnar por la validez constitucional, y que no han hecho otra cosa, sino en grado nimio, que los mismos que los privan de su libertad.

4º—No se rompería al antojo el orden constitucional, ni se caería en las temibles y humillantes dictaduras, pues no sería fácil que un gobernante se atreviera a dejar de entregar el poder en la fecha en que lo hicieran todos, porque la presión moral por sí sola de la correcta actitud de los otros, ejercería una influencia incontrastable; fuera, por supuesto, de lo que significaría la garantía.

5º—La marcha normal prepararía muy favorablemente el terreno para que se dictaran acertadas medidas económicas y sociales y para que paulatinamente pudieran llevarse a la práctica. Principiar por ellas o preconizarlas dentro el desorden o el caos político, es legislar en la arena.

6º—Se recobraría la plenitud de la ciudadanía, totalmente anulada en la actualidad.

7º—Se evitaría el envilecimiento político, por lo menos, que prevalece hoy día, disminuiría la corrupción, y lo que es más significativo, se contendría la decadencia intelectual, a la que llevan indefectiblemente los órdenes anormales.

8º—La juventud no se desarrollaría en un ambiente propicio para el quebrantamiento del carácter y para formar colectividades de timoratos.

9º—La prensa por sí sola, sin esfuerzo alguno,

se pondría a tono con las circunstancias, rendiría espontáneo culto a la verdad y sería un eficaz auxiliar de la administración y un sano consejero económico y social.

10.—La impaciencia de los aspirantes al mando no tendría como manifestarse y desaparecería la casta de "los hombres fuertes" formada por los transgresores, por los desaforadamente ambiciosos y por los débiles para respetar la ley.

Inecesario es seguir relatando los beneficios que un orden de tal naturaleza traería sin esfuerzo alguno, por sí mismo.

Si sólo produjera como ventaja que estos países dejaran de ser patrimonio de un solo grupo, eso sería bastante, porque terminaría la opresión de un partido sobre el otro y las circunstancias serían iguales para ambos. Por otra parte no habría ambiente para las dictaduras y desaparerían los peligros e inconvenientes apuntados en San Louis Missouri, en octubre anterior, por Wendell L. Willkie, en su sensacional discurso, que es de presumir que ha llenado de esperanzas a muchos millones de latino-americanos que anhelan vivamente el término de las dictaduras.

Para eso, por supuesto, precisaría que la doctrina del buen vecino se completase por su autor o por los que en lo sucesivo sigan aplicándola. La razón es la siguiente: se halla en fricción con un postulado que se había abierto paso en el Dederecho Internacional Público Americano, con el del no reconocimiento de los gobiernos de facto, originados por golpes de estado o revoluciones. Dicho principio fué proclamado desde antes de 1889, por los Congresos regionales latinoamericanos de Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro. Y ha sido tal la necesidad de afirmarlo que el Ecuador lo acogió en 1907, y Centro América ese mismo año y posteriormente en 1923, suscribió tratados en Washington estableciéndolo.

Tal principio, claro, tiene sus adversarios. No desconocemos las opiniones de Antonio Sánchez de Bustamante, John Bassett Moore y Chandler P. Anderson. Los tres, eminentes internacionalistas. Ni tampoco la doctrina Estrada, ni la interpretación dada a los tratados aludidos por Raymund Leslie Bull, y publicada en julio de 1931, por la revista *Foreing Policy Reports* de New York. Todas ellas anteriores a la guerra actual, a sus grandes enseñanzas, a las tremendas experiencias recogidas, y sobre todo al establecimiento del semillero de dictaduras en Hispanoamérica, con su cortejo de espantosas consecuencias, semillero que ha florecido al amparo de la doctrina del buen vecino.

En primer término, ¿cuál es el principio sobre el cual están acordes todos los autores o los escritores? No hay uno sobre la tierra. La discrepancia es la regla humana. No es, pues, en manera alguna la diversidad de criterios la que ha de servir de norma para el rechazo, sino el examen de los más adecuados en el preciso momento en que vive la humanidad.

La doctrina del buen vecino queda, pues, abocada al tremendo problema de las dictaduras que ha favorecido, sin quererlo. Su solución es, por lo tanto, imperativa, para que no se diga que la mentira democrática principia en Washington y en la Casa Blanca.

Simbad

Del sentido de la justicia social en el escritor ruso Mamin-Sibiriak son testimonios sus cuentos numerosos y novelas. La mejor de sus novelas es Los millones. *Recomendamos su lectura. Hay una traducción española buena del ruso, por N. Tasin. Calpe. Madrid,* 1921.

Copiamos dos pasajes por el momento, que demuestran lo que decimos:

Aquella tarde Privalov visitó a Vasily Bajarev.

—¡Qué! ¿Empiezas a orientarte un poco en lo relativo a tus asuntos?

—Están tan embrollados, que aun no veo claro; pero espero que no tardaré en ponerme al corriente de todo. Estoy decidido a posesionarme de las fundiciones.

—Para eso, lo primero que tienes que hacer es desembarazarte de los tutores.

—Ya lo sé. Y me hago cargo de que no es empresa fácil... ¡Hay tántas intrigas! Pero no cejaré ante ningún obstáculo. Esa herencia me impone deberes que me he prometido cumplir.

—¿Te refieres a las deudas que pesan sobre las fundiciones?

—No sólo a los oficiales.

El viejo miró con asombro a Privalov.

—¿Qué otras deudas existen?

—Las contraídas con los que contribuyeron a la creación y al progreso industrial de las fundiciones.

—¿Hablas de tus abuelos?

—No. Mis abuelos se cobraron con creces, con creces enormes, su trabajo, percibiendo rentas fabulosas, viviendo como príncipes. Hablo de los miles y miles de obreros, sin cuyo sudor mis abuelos no se hubieran enriquecido. Hablo de los *bachkirs*, en cuyas tierras se edificaron las fundiciones.

—Pero esa tierra se les compró.

—¡Por tres rublos y kilo y medio de té! Se abusó de la candidez de esos pobres semisalvajes. Y ya estoy dispuesto a resarcirles de esa injusticia y a resarcir también de la cometida con ella a la población de los contornos, verdadera creadora de la riqueza hoy en litigio o casi en litigio. Es una deuda histórica, más importante para mí que todas las deudas jurídicas.

—¿Y cómo piensas pagarla?

—Por de pronto, haré cuanto esté en mi mano para aumentar la productividad de las fundiciones, y luego ya veré. Desde luego, del dinero que produzcan no invertiré ni un céntimo en mis gastos personales. Sería un robo...

El viejo escuchaba al nieto de Pavel Gulayev balanceando la cabeza.

—Eso—dijo—le parecerá tan extraño a la gente, que se te creerá loco... Tienes un corazón de oro. No trataré de disuadirte, pues tus propósitos son muy nobles. En verdad, tus mayores pecaron mucho, y lo que te propones sería una compensación de sus culpas; pero..., no sé... no sé... ¿Del dinero de las minas tampoco piensas dedicar nada a tus gastos?

—Tampoco.

—¿Y de qué vas a vivir?

—Trabajaré en las oficinas de las fundiciones, a las órdenes de Kostia..., o me buscaré cualquier otro empleo. Soy joven, tengo cabeza y manos, y para algo serviré...

El viejo exhaló un largo suspiro.

Más adelante, en otro pasaje, Privalov se mueve otra vez dentro de la justicia social. Le preocupan las deudas históricas. Es la rebelión de la justicia en el alma de los jóvenes.

—A propósito: ¿a qué obedece la discordia entre Kostia y su padre?

—Papá quería que se encargara de la dirección de las minas y él se negó categóricamente.

—¿Por qué?

—Porque dice que es horrorosa la situación de los obreros.

—Pues que trate de mejorarla...

—Según él, la prosperidad de la empresa se basa en la explotación de los obreros, y cualquier aumento de salario, cualquier disminución de horas de trabajo, cualquier reforma encaminada a hacer menos dura la vida del minero, daría al traste con el negocio; pues la industria del oro es la más atrasada, la más "bandida"—es su palabra—. Y no quiere intervenir en ella. Es un fanático de las fábricas, sobre todo de las metalúrgicas. Mi padre, en cambio, es un fanático de las minas. Como es natural, no podían nunca estar de acuerdo. Un día mi hermano llegó a decirle que toda nuestra fortuna procedía de la explotación bárbara de los trabajadores. Mi padre se puso furioso y desde entonces no han vuelto a hablarse.

—Y usted, Nadejda Vasilievna, ¿quién de los dos cree que tiene razón?

—¡Kostia! Nuestra riqueza procede, en efecto, de la explotación de los obreros. ¿Qué duda cabe? Pero Kostia debía hacerse cargo de que papá es demasiado viejo para penetrarse de las ideas nuevas. Yo también sufro al pensar en el origen de nuestra riqueza; pero ¿qué voy a hacer? Las muchachas no podemos tomar, como los hombres, ciertas determinaciones radicales. Yo no puedo irme, como Kostia.

La joven volvió la cabeza hacia la ventana y, mirando al cielo estrellado, añadió, cual si hablase consigo misma:

—Es un verdadero tormento ese peso sobre la conciencia.

—Yo también conozco ese tormento, Nadejda Vasilievna. También pesa sobre mi conciencia mi riqueza, que también procede de la explotación y de toda suerte de injusticias. Y si trato de desambarazarme de la tutela y entrar en plena posesión de las fundiciones, es tan sólo con el fin de pagarles mi deuda y la de mis mayores a los miles y miles de obreros cuyo sudor nos ha enriquecido.

—Su vida de usted no bastará para pagar esa deuda.

—Si no puedo pagarla íntegra, procuraré pagarla en parte.

Poeta y patriota, gladiador y artista en los libros y en la vida, Rufino Blanco Fombona es encarnación de la *gens* bolivariana, que rechaza yugos. México, cáucaso del Díaz Mirón por él admirado y editado, había de ser al fin meta del gran caraqueño, y aquí lo saludamos ahora; viene en busca de un rincón de luz y flor,—Cuernavaca, Taxco. . .— un sol indolatino para su grave dolencia. Pero su edad es la de siempre: "Quiero restablecerme, retornar a mis trabajos; escribir al servicio de los intereses de Hispanoamérica". Y sus trabajos han sido frecuentes y variamente heracleanos, enfrentarse a vestigios y barrer establos de pútridas tiranías. En este México crisol de indoiberismo, esperamos que convalezca el luchador que ha alzado el más alto pendón de bolivarismo y venezolanidad.

Con Darío, Silva, Lugones, Nervo, en la falange del modernismo, en la batalla renovadora de las ideas y del lenguaje, surgió el numen de Blanco Fombona, desde fines del pasado siglo. Joven galardonado en justas de cuento, novela y poesía, en la palestra continental del "Cojo Ilustrado", en poco tiempo sus primiciales obras "Pequeña Opera Lírica" y "Más allá de los Horizontes", versos y crítica joyesca, significaron la conquista de los cenáculos parisienses. Su aventura por Amazonia, precursora de los espantos de la "Vorágine", quedó en un "Diario", mientras su perfil, que atisba desde aquí Julio Ruelas en la "Revista Moderna", lo recortaban en medallas pisanélicas Rubén Darío y Leopoldo Díaz. Los poemas como "La Novia por venir", "Corazón adentro", su elogio a los gitanos, y su apóstrofe a la sucia themis vendada y vendida de la burguesía, se enredaron definitivamente en las crines de las juventudes que devorábamos ansiedad, dolor y confines. El autor confesaba su anhelo de "beber en todas las copas, subir a todas las cumbres, ceñir todos los lauros". Pedía al Hada, nada de fofos regalos: en vez de gratuidades, quería "en los brazos músculos y ambición en el alma". Y las tramas novelescas y leyendarias se enredaban a la vez en sus andanzas y en su cálamo. Prosas efervescentes de "El Hombre de Hierro" y de "El Hombre de Oro". ironías rudas de "Tragedias Grotescas", párrafos como matajeyes tropicales para intrusos en la selva sagrada. Así, al promediar la vida, poemista benvenutino, vivisector crítico de la oligarquía caraqueña, pugnaz en todas las arenas, aupándose entre los grandes de América. Y decidió entonces, encartujarse a hacer patria; revivir la epopeya continental; volver por los fueros de un héroe, del que se estaban apoderando engolosinados los godos, guruchupas y académicos; reencontrar la raíz de Tierra Firme, ser el historiador de Bolívar. Mas estaba cayendo ya sobre Tierra Firme una horrenda sombra. Que iba a durar, increíblemente, décadas, siglos, porque el dolor de los hombres y la esclavitud de los pueblos no caben en cronologías normales. Preso, deportado, desde 1911, Blanco Fombona, vivió en España hasta 1936, en que regresó a encontrar tierra bolivariana bajo el dogal de los trusts internacionales. "Las opiniones se pagan entre bárbaros al precio de la libertad y aún de la vida", dijo al pisar playas salvadoras. Miles más, quedábamos *"unto the last"* en el exilio, en la fosa, en el desastre, por una opinión jurídica dada entre piratas, por un gesto de hombría ante jayanes, por un bolivarismo auténtico ante mercachifles.

"Cantos de la Prisión y del Destierro" fueron la primer clarinada wagneriana de su venganza, a que siguieron "La Espada del Samurai", "La Bella y la Fiera", y otros libros montalvianos, que junto con los de Pocaterra, Morantes, y otros más, irguieron la perennidad del espíritu venezolano ante la catástrofe cruel e injusta. Y como era natural, también el falangismo precoz de Primo de Rivera se ensañó contra el autor de "El Conquistador Español del Siglo XVI", canto egregio a la progenie ibérica.

Blanco Fombona en México

De *El Nacional*. México, D. F., 28-XII-43).

Vivir libérrimo de esteta, cultivo amoroso del carmen lírico, responsabilidad de la tradición magna de 1810; Blanco Fombona, en triple hazaña, llenó el cuanto de lustro de su exilio. Arrancó el disfraz académico que desfiguraba al verdadero Bolívar, desnudando en la biblioteca "Ayacucho" la tragedia inédita: un pueblo entero que se había exhaustado en ofrenda a la libertad continental. Bolívar es, adamantinamente, el símbolo de aquel tercio de la población venezolana que se echó a la hoguera de las guerras por la independencia y la libertad. En la biblioteca "América", al mismo tiempo, salvaba olvidos, redoraba lauros: Bello, Montalvo, Nájera, Casal, Martí, Sarmiento, renacían en áureo ciclo bibliográfico.

"Seremos originales cuando seamos dignos y no nos arrodillemos con espíritu colonial ante Europa ni ante los Estados Unidos", su frase lema. La España republicana, la magnífica república de trabajadores, reconoció en este polígrafo a uno de los suyos; lo hizo gobernante en una de sus arcadias, que pronto barrió el fachismo. Como el estudiante Blanco caído en Cumaná, como Pedro Elías Eristiguieta, es Blanco Fombona uno de los descendientes que tiene derecho a proclamarlo, a nombrar cara a cara a su antecesor. El culto y el nombre de Bolívar deben ya reservarse, como premio, para los batalladores por la libertad, para las víctimas de la opresión; no han de ser, más tiempo, lujo y mercancía de verdugos y mercachifles; este sería el mejor homenaje a la verdad de Bolívar. Llega hoy, por ello, propiciadamente el poeta, sobre el largo resoplar, esperanzado, de su pegaso. Llega a la cita. A la hora próxima de inauguración del bronce votivo, que materializará a Bolívar, entre Hidalgo y Morelos; que erguirá ahora en estatua, al Bolívar siempre viviente y batallador en la ardentía revolucionaria de México. Con Blanco Fombona la gesta bolivariana recobra su esencialidad de símbolo racial. Su presencia subraya y afirma aquí a esa autenticidad bolivariana que significa protesta y lucha permanente contra el despotismo, contra el imperialismo.

Humberto Tejera.

Costa Rica, 16-XI-43.



R. Blnaco-Fombona en 1928
(Dibujo de *Pablo Zelaya*)

He aquí a Blanco Fombona

(En el *Rep. Amer.*)

Nos debía su presencia en la tierra que iluminó preocupaciones en el alma de Bolívar; en este México que en 1824, al oír el discurso del Padre Mier, confirió el rango de ciudadano de honor—mejor que una espada—al hombre en quien confluyen la pasión y el arrullo, la sangre y la poesía de América.

He aquí que en un memorable día, para quienes hemos visto en él a uno de los maestros de la bolivariana idea pura, Blanco Fombona aparece físicamente entre nosotros. Hemos vuelto a oír el rugido del león venezolano, que aún se ciñe orgulloso la cadena de rosas que le ata a los jazmines ardientes de esta América cuyo pecho está horadado por gran angustia y ya no puede contener la impaciencia divina de la juventud.

Blanco Fombona es uno de los eternos jóvenes de nuestro insigne hemisferio. Un joven, es decir, la primavera en guardia, la voz teñida de rebeldía, honda y aguda como clarín matinal. Su lección sigue resonando en los mismos aires por donde vemos pasar a los libertadores y a los poetas que pelearon por una América hermana, segura de sí misma, alegre en su tierra y en su cielo, tal como la vieron los hombres antiguos que leían en las constelaciones y amaban las cosas que hacen grata la vida.

Esta es la explicación de nuestro júbilo por la presencia total de quien nos ha mostrado en sus libros y en su rebeldía insobornable mucho de lo que lleva América en su misterio. Salimos a su encuentro para ofrecerle más que la bienvenida la verdad de que, hallándose en México, no ha salido de la zona que "el sol enamorado circunscribe". Porque nuestros abuelos tutelares continúan vigilando la suerte de sus hijos dispersos, que un día habrán de reunirse en la ancha casa en que el trabajo será un derecho y el amor a la vida un deber.

Rafael Heliodoro Valle.

México, D. F., Dicbre. del 43.

Puñado de rosas blancas

(En el *Rep. Amer.*)

Penacho de luz de luna
sobre un jarrón de Carrara.
Habían nevado las hadas
en un rincón de la sala.

Floración de cielo y plata
de las olas reventadas.
En una roca pulida
puñado de rosas blancas.

Signos interrogativos
en los rasgos de su cara
y entre las rosas de nieve
su rostro de rosas blancas.

. . . .

Rosas de carne que esconden
la falta de su fragancia.
Carne de rosas que oculta
la frivolidad de su alma.

Jorge Fonseca Tortós.

Apología del limón dulce y el paisaje

(De *Sábado*. Bogotá, 29 enero 1944. *Envío de la autora*).



(Dibujo de *Sánchez*)

He bebido en este limón todo el tibior de mayo.

La tarde tiene una dulzura en la que no creo. Arriba, en los árboles, ahí donde en esta tarde gris el aire azulea, ahí en el punto más alto a que pueden llegar los olores de la tierra saturada de verde y humedad, existe una zona neutra para el pensamiento. Para el espíritu demasiado denso de carnalidad que no sabe elevarse y lo bastante sutil para transformar esa imposibilidad en ferviente deseo, esa zona neutra, violada, vagorosa, tiene el imán de un sueño.

El limón que muerdo tiene una arquitectura secreta en góticas catedrales de cristal.

En ese punto del paisaje, no tan alto como un imposible, ni tan bajo como yo, el delineado se pierde, la realidad se opaca, hay un margen vivo y estrecho para la fantasía. Los troncos de los árboles son en su nacimiento demasiado vigorosos, tienen duras escamas de bordes levantados que desnudan impúdicamente el corazón leñoso; las raíces, si afloran, remedan un afán de estabilidad desesperada, y si se esconden, maltratan la piel de la tierra hasta rajarla en su titánico esfuerzo de permanecer, de no moverse, de ser, a pesar de todo, indefinidamente. Las hojas aquí abajo visten verde tan intenso que la afirmación rotunda del color se pierde en una masa de densos relieves anónimos. Reverbera el color, más definido que la tarde gris, en grito opuesto a ella, que sólo logra en su histeria, subrayar la opalina evanescencia del crepúsculo.

El limón tiene entre los joyeles de su pulpa múltiple, almidonados tabiques blancos que regulan crispados y húmedos el gusto pronto a desbordarse en el dulzor uniforme de la fruta.

El aire claro trae la noche y trae también olores viajeros. En su homogénea existencia cristalina hay escondidos remotos olores que han andado mucho para llegar hasta aquí. Casi todos son olores vírgenes. Vagan por la atmósfera y pasan frente a nosotros desacostumbrados a gustarlos y se van sin haber sido violados. El penetrante, conocido olor de humanidad que tiene agraz a dolores, a suciedad, a miseria. El desabrido, pálido humor de la tierra. El fugaz de las flores que se donan todos los días inútilmente en espera del gustador imposible, olor que parece venir embriagado de color y vitalidad. El humilde aroma de las piedras musgosas que retienen la humedad de la lluvia, la encariñan, la hacen hervir en el amor de sus requiebres íntimos, y la lanzan al viento en caldeados vapores de poco vuelo, que pasarán tan bajo, que sólo los insectos sensibles notarán su existencia. El olor erecto, agresivo, frío, de los materiales reconstruídos por la mano del hombre; olor sin calificativos, sin personalidad, presente siempre, el único olor que llega a todos, y que todos conocen, y que todos desean.

La piel amarilla clara del limón yace a mis pies, en blandas cunas oblongadas de lecho níveo, lunadas de soles oleosos y aromados en su cubierta exterior.

La noche cae despacio y aburrida. El drama vegetal se anega en sombras; la uniformidad del color va ganando espacio a los contornos, que un momento antes, en trágica despedida, se afirman definitivos para hacerse ver, una vez más, la última, plenamente. Ese minuto de alarido monstruoso en que la planta quiere vivir su única vida bifásica de silueta y colorido antes de perecer en negro, es magníficamente bello en los tonos delirantes que el crepúsculo presta a sus personajes Robusto se planta el árbol, tronco y ramas en verde verones, recortado y palpitante sobre el engañoso fondo del celaje. Ya no tiene mórbidos lineamientos, es un hecho plano, oscuro, que se alza, único instante móvil en su inmóvil existencia, saltando angustias sobre su propia muerte, y se coloca, audaz figura de carácter, poniendo en su doloroso movimiento una distancia inmensurable entre él y la postrara nube coloreada por el postrer rayo de sol. La tierra muere primero que todos, resignadamente, como siempre supo morir, humilde y estremecida. Las flores vibran en la semiluz, bailarinas, se recogen luego íntimas consigo mismas, abrazadas a su propia belleza, y perecen suicidas silenciosas para salvarse de ser muertas por la sombra. La olores, que viven en el viento, no en el color, se intensifican al anularse la visión y quedar concentrada la sensibilidad a dos sentidos, el tacto hirviente que añora el sol y se crispa, poro múltiple, al frío y la humedad, y el olfato dilatado en profundidad y extensión para absorber los locos olores que ya no tienen dirección ni procedencia. Los olores que se desnudan totalmente, en la oscuridad. Que se acercan e incitan, que se entregan. Los que pasaban vertiginosos e inasibles momentos antes, se incrustan tenaces, abiertos, todos a la vez, en báquica orgía de perfumes, y ya no se sabe si son muchos y definidos, si es el humilde olor de la tierra este enervante aroma sensual que sube pesado como una promesa por el aire, si es el casto olor de las piedras este tibio, jugoso, circunvalante gusto que pulsa la sensibilidad; si es el argentino, transparente olor de las flores este mieloso, espeso perfume que gana la atmósfera, la oprime y la domina, persistente, abrasador, embriagante, y ya no se sabe si son todos los olores del mundo los que llegan, o si es un solo vital, pujante olor impositivo, el que horada los sentidos y permanece allí, seguro para siempre.

El limón amarillo de pulpa gótica, ha dejado en mis labios un regusto amargo, peregrino, que por inusitado tiene la maravilla ignota de una sorpresa, y por seco, oportuno y cierto tiene el sello de una olvidada, añeja elegancia

Yolanda Oreamuno.

Costa Rica



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones, antipedagogía.

Educación de post-guerra no: educación para la paz

Por el Prof. **Isaac Felipe Azofeifa**

(En el *Rep. Amer.*)

Los teóricos de la educación moderna han venido poniendo el índice mental de su pensamiento sobre dos aspectos fundamentales del fenómeno educativo: la urgencia de promover el desarrollo de personalidades creadoras y la necesidad de escuelas que orienten a las nuevas generaciones esencialmente hacia la producción y el servicio de la colectividad. Mas, las realizaciones concretas habían ido quedándose reducidas al mínimo de experimentación, en algunos estados europeos o americanos. Y por lo regular, sólo como actividad privada y no oficial. Si los líderes que ganen la guerra saben entender profundamente el sentido de la paz, han de organizar la educación, no como una educación de post-guerra, sino como una educación para la paz. Los teóricos de la escuela no han propuesto otra cosa, desde muchos años antes de este decenio trágico.

Podría resumirse la aspiración, pedagógica moderna en un solo principio trimembre: formar personalidades creadoras; orientar socialmente al hombre; dignificar el trabajo, haciendo a todo hombre capaz de rendimiento económico. Está contenido en este principio un criterio opuesto radicalmente al concepto individualista e intelectualista de la pedagogía herbartiana, que se ha convenido en llamar tradicional. El siglo veinte ha visto aparecer en filosofía una revolución conceptual del hombre, al cual se venía considerando en primer término como simplicísima máquina racional y razonadora. Máquina que desarmó la psico-física para demostrar que el espíritu no era en último término otra cosa que un simple cuadriculado de sensaciones. Clown en traje de colorines saltando en grotesca voltereta sobre el vacío: a ese extremo ridículo llevó el positivismo mecanicista la vital figura del hombre. Perversión de los valores, llamamos hoy la bizca mirada del hombre del siglo diecinueve. Andando sobre sus manos, puso en la cima de los valores el átomo de polvo contra el cual apoyaba la cabeza, donde antes los pies. Y, olvidado de los sentimientos, lloró lágrimas de harina, y rió pintada de afeite la risa en el rostro, porque llanto y risa eran entonces puros reflejos fisiológicos; y creó el melodrama como un pañuelo para ocultar revelándolo,—que es la función indiscreta

del arte,— el rostro trágicómico de la época.

La escuela, nuestra escuela, la escuela de todo el mundo, sigue aún clavada en esa concepción mecanicista, positivista, individualista, del hombre. Mecanicista, porque toda la actividad docente se resuelve,— con el examen— en ejercicio puro de la memoria; en aprendizaje sin orgánica relación con las necesidades biológicas del ser; ni con las necesidades sociales del hombre; ni con las necesidades psicológicas del individuo. Entrenamiento ciego, práctica del vómito intelectual de lo aprendido; indiferencia, en una palabra, por la vida. Exigencia de rendimiento maquinal, uniforme, en que al más capaz se le exhibe como si fuera un aparato modelo eficiente, cuya producción en masa es recomendable.

Al más craso positivismo sigue atada la actividad educativa oficial, con su mitología de lo mensurable, de lo cuantitativo, del hecho en sí, con su pasión de lo físico y lo matemático, con su reducción materialista del mundo, en que lo poético, lo músico, lo religioso del hombre, quedan postergados como una actividad lúdica, infantil, primitiva, intrascendente. Pájaros maravillosos que han logrado escaparse a la jaula de férreos barrotes lógicos y legales del positivista, y de los cuales éste se defiende entonces diciendo: ¡No existen, no existen!, reeditando la zorruna filosofía frente a las altas y maduras uvas: ¡están verdes!

Así de pronto, me parece la posición individualista frente a la vida, una filosofía del hombre feliz. Puerilmente feliz. Y el hombre pueril, infantilmente feliz, es egoísta, profundamente egoísta. Pero este hombre del siglo diecinueve contra el cual estamos lanzando esta lluvia de ideológicas saetas, creyó ingenuamente haber descubierto el secreto de la felicidad humana, y el secreto, conjuntamente, del progreso y la sabiduría. Ciencia y libertad, igual riqueza, confort, felicidad: he aquí la ecuación. Hechos en la ciencia, igual acción práctica eficaz en la conducta humana. Con ello, la ciencia desembocó en la técnica; la libertad en la lucha cruenta por el poder. La técnica creó el industrialismo y trajo la crisis económica éste. La posesión del poder económico creó el imperialismo y trajo la guerra. Crisis y guerra son los hermanos gemelos, hijos del individualismo económico y moral. Este es el balance, el cabo del proceso de realización del filosófico orgullo del siglo pasado. El clown andando sobre su cabeza, había pisoteado las estrellas. Dicho de otro modo: había perdido de vista las metas superiores, las aspiraciones supremas del hombre; olvidando que lo que importa no es la acción eficaz como tal sino el para qué de esa acción; que la vida humana es humana por sus fines y no por sus medios; y que la libertad no está, en consecuencia, condicionada por los medios—concepto económico—sino por los fines—concepto ético.

Realización de los más modernos descubrimientos filosóficos sobre el destino humano, las tendencias pedagógicas actuales, ¡oh trágico destino! estaban necesitando el horrendo crisol de la guerra para que el mundo cegado por la ilusión positivista volviese en sí.

Los pensadores han venido proclamando la necesidad de salvar al hombre, convertido desde hace mucho tiempo en un átomo físico antes que en una unidad moral. De eslabón anónimo de la producción en cadena de las monstruosas industrias modernas, se convierte en número insignificante de la monstruosa organización totalitaria del estado. He aquí la máquina, creación esperanzada del hombre, arrollando, triturando, destruyendo al hombre. Es ingenuidad pensar que con la victoria de las democracias ván a arrancarse de sobre el haz de la tierra la injusticia y la violencia. Para realizarlo, es preciso crear lentamente un nuevo concepto del hombre, del mundo, de la vida. Realizar plenamente una nueva filosofía. De otro modo, de nada habrá servido la cruenta experiencia de la guerra. La escuela, la educación de la nueva época tiene una concreta función que realizar; pero tiene que ser radicalmente modificada, lo cual implica también una modificación de la sociedad y de los estados. Esta guerra tiene que desembocar en una revolución del espíritu humano: la revolución de la paz. Si juzgamos rectamente, los verdaderos revolucionarios son los pensadores, no los agitadores políticos; los pedagogos modernos, no los modernos demagogos; los maestros de siempre, en fin, si traemos al recuerdo la formidable revolución cristiana del siglo primero.

Creador y no pasivo receptor de experiencias es el espíritu del hombre. La educación tiene que poner el acento en esto. La cultura no es de ninguna manera repetición mecánica de fórmulas, sino creación de síntesis nuevas. Cada individuo es una síntesis, psíquicamente considerado. La cultura vive en esa síntesis. Cada vida individual no es en modo alguno algo construído, cerrado, hecho; sino propósito, plan, finalidad, conquista ética que realizar. No somos ni clowns, ni átomos, ni números, sino seres cualitativamente diversos, cada uno una tarea moral única, un destino personal, que no puede ser reducido a fórmulas científico-matemáticas, ni recortado con arreglo a un modelo propuesto física, ni política, ni siquiera éticamente. La cultura no es un conjunto de fórmulas bastardas, ni un medio de acciones eficaces, sino un valor, un fin, una aspiración del hombre, que da sentido y función ética a la tarea de vivir, al trabajo humano; que se vive, en una palabra, como una experiencia y no se asimila como un dato de archivo.

El hombre es un ser social. Transcurriendo al margen de la humanidad, la vida del hombre pierde sentido. Sólo una trágica aberración filosófica y vital—porque toda vida es filosofía en acción—puede haber separado ambos términos: hombre y sociedad. Error muy científico por cierto, el de tomar como realidad la abstracción metodológica necesaria a los procedimientos matemático-cuantitativos del positivismo.

La acción y el pensamiento del hombre tienen que ser devueltos de esa trágica perversión, de ese olvido de su umbilical relación con la colectividad. Una ética del hombre solitario no tiene sentido. La lengua humana que es la más activa síntesis vital del hombre, es traicionada en su ser mismo si se la capta como puro proceso estético o lógico, o como mecánico sistema social de signos. La vida es un constante proceso dialéctico en que los dos términos extremos, individuo-sociedad, forjan dinámicas síntesis o quedan de pronto en vilo de contradicciones trágicas, revolucionarias, creadoras. Tal el momento presente. La época que viene es de síntesis. La vida escolar ha de saber captar ese dinámico dilema de hombre y grupo y realizar esa síntesis creadora. Es preciso saltar fuera del individualismo suicida de la escuela tradicional; mas no para caer en el colectivismo autoritario, anulación de la síntesis individual, única célula creadora.

La base de la existencia es lo económico. El siglo diecinueve— y lo que va del veinte— vió alzarse la mayor injusticia de los siglos: las masas muriendo de inanación en medio de la abundancia creada por el industrialismo. Tántalo mitológico redivivo. Vió el siglo diecinueve a unos pocos, ociosos y crueles, disfrutar altaneramente del producto del trabajo de los muchos, miserablemente subyugados. Vió el trabajo convertido en actividad vergonzosa de esclavos. La post-guerra tiene que poner el acento en este nuevo hecho: todo hombre debe ser productor en alguna forma útil a la sociedad renovada. El hombre que trabaja no puede ser convertido más en una bestia de carga al servicio de los pocos que pueden liberarse por la posesión irrestricta del capital. El trabajo no puede ser más una condenación social y religiosa sobre el hombre, sino una actividad liberadora, porque no va a servir su producto al placer egoísta de unos sino a la prosperidad de todos en la justa distribución de la riqueza. Todo hombre debe trabajar, debe ser productor de riqueza social. Por eso la actividad creadora del trabajo ha sido revalorada en los proyectos de escuela nueva.

Tarea inmensa es la que toca realizar a los hombres de este siglo veinte. A la escuela le está reservado un destino esencial, y una función excelsa al maestro, puesto por la paz en la cima de todas las tareas: forjar con su acción educadora sobre el niño y el joven, al hombre que no ha de necesitar nunca más de la guerra, para aprender la verdad de la justicia y de la libertad.

Costa Rica, marzo del 44.

Contrarió su política externa el Gobierno de EE. UU.

(De *Excelsior*, México, D. F., 4 de febrero 1944).

—Considero que la actual interferencia de los Estados Unidos de América y de sus aliados angloamericanos en el caso del Gobierno militarista de Bolivia, es contraria, no sólo a la Política del Buen Vecino, sino también a las reiteradas y concretas declaraciones del Secretario de Estado, Mr. Hull, quien ha dicho que "el apoyo a la ley, al orden, a la justicia, a la moralidad y al principio de no intervención internacional" son los puntos básicos que norman la política externa de los Estados Unidos de América.

Esta declaración hace a *Excelsior* el Dr. Angel Zúñiga, presidente del Comité Liberal Democrático Hondureño que lucha por restaurar en su país el orden constitucional. Tal declaración responde a la pregunta que se relaciona con la modificación posible que sufre la Política del Buen Vecino con motivo del no reconocimiento del actual régimen de Bolivia por los gobiernos de América.

El Dr. Zúñiga Huete afirma también:

—La nueva tesis del Departamento de Estado sobre el reconocimiento de gobiernos surgidos de revoluciones o que tengan origen de

un golpe de Estado, plantea una situación en la que sólo hay una pobre víctima, que es el pueblo de los países oprimidos por dictadores truculentos y codiciosos. Ante la amenaza del no reconocimiento internacional levantada frente a sus anhelos libertarios, esos países aparecen condenados a soportar indefinidamente a sus verdugos, ya que, por democrático que sea el movimiento reivindicador, los adictos a la dictadura siempre encontrarán manera de imponer a los patriotas el sambenito de nazifascistas.

—Sin embargo, la Carta del Atlántico es una esperanza...

—La admisión de gobiernos antidemocráticos, con careta de constitucionales, en la alianza contra los dictadores fascistas de Europa, ha creado un ambiente de zozobra y de duda en Hispanoamérica, que pone a flor de labio la pregunta de si a la hora de la postguerra las esperanzas que ofrece la Carta del Atlántico no serán más que letra muerta, así como las dudas que a última hora levanta la doctrina que ha postulado la buena vecindad hacen pensar en el falaz acertijo del "juego de la correa", en el cual quien ensarta pierde y el que no también.

—Entonces, ¿usted cree que se trata de una nueva modalidad de reconocimiento internacional?

—Lo creo. Con esta nueva modalidad, considerada como simple cortesía entre los países amigos, se está volviendo, sin querer, a la vieja doctrina del presidente Wilson sobre el "no reconocimiento" de los gobiernos creados por una revolución, un golpe de Estado o un crimen, lo cual solamente encontraría adecuada presentación si en vez de considerarla simplemente como una tesis estadounidense para una determinada zona de influencia en el Caribe, como fueron sus comienzos, fuese elevada a la categoría de doctrina de Derecho Internacional Americano, a efecto de que todos los gobiernos de este continente tuvieran efectivo origen popular.

—Estoy seguro—concluye diciendo el Dr. Zúñiga Huete—de que estos momentos son de ansiedad y sorpresa para los pueblos americanos que han visto en la Política del Buen Vecino la atmósfera más propicia para salvaguardar los intereses morales de los pueblos débiles.

Es un cuento

(Del *folk-lore* guanacasteco.—En el *Rep. Amer.*)

Este era un hombre campesino: cerdos, gatos, gallinas, una yegua, un perro, una vaca, su mujer y un hijo le acompañaban. Todos los días, cuando se levantaban las gallinas, iba con su calabazo y su machete al hombro, camino de sus huertas, a limpiar las yucas y tiquisques, a hacer rondas, a botar para desmontes, a buscar leña, a cerrar un portillo y tantas otras cosas que la tierra cobijó con el sudor de sus músculos.

Tranquilo y feliz vivía este señor en su casa hecha de varas de achiote, guácimo y moridero; en el techo, palmas de las que crecen a la orilla del mar; y el piso duro y moreno como su piel que bien supo de los beneficios del sol. Por las tardes, cuando las chicharras gigantes dan las seis, sentábase en un tuco de cedro que había en el alero de su choza a endulzar el cansancio de las jornadas, mientras la vaca barrosa con su cría—toda gracia y hermosura—esparcían su aliento de niños con los ojos adormecidos y las cabezas tímidas.

Las gallinas ingenuas desfilaban en la vara inclinada que conducía a un jícaro, en tanto que el perro, echado en el patio, reposaba la fatiga de sus correrías, orgulloso de vivir en aquel ambiente de armoniosa quietud solariega.

Un día nuestro hombre fue a rezarle su oración al campo. Y fue otro día y otro día más; al cabo de quince días derribó todos los árboles y las hierbas de un tacotal con la ayuda de su hijo y a la sombra de su hacha y su machete. Un panal *campusano* disparóle un día una avispa y el pómulo izquierdo le vio la oreja derecha. En otra ocasión tiró el machete y cuando el garabato arrollaba la maleza para aventarla, una cascabela, con ímpetu arrollador desgajóle el sombrero al par que rugía de cólera en sus dos extremos.

Abril cabalgaba en los árboles frutales cual ángel del poniente en las tardes arreboladas. Por donde quiera se sentía el olor a cosa tostada; la tierra estaba ansiosa de lluvia. Al fin el fuego y dos aguaceros le prepararon la siembra; y las semillas germinaron en los surcos como germina en el corazón de los padres el cariño para sus hijos. Al tercer aguacero fueron otra vez al campo y la tierra supo recibirlos arropando en su seno dos cajuelas de maíz. Cuántas ansias de ver la milpa espigada. Un día fué a "darle vuelta" con Arrempujate, su perro, y el fusil al hombro. Arrempujate iba adelante olfateando y con el rabo *entorchado*; allá, por las huertas de don Damián, perdióse de la vista de don Epifanio. Al poco rato oyó que latía; abrevió el paso y cuando franqueaba el alambre de la milpa, vio que su perro, con incomparable aceleramiento, encajaba una manada de pisotes en un guácimo. Montó el chopo y de un balazo hizo rodar uno en el hojarascal. Arrempujate lanzóse sobre él con la furia del tigre hambriento, mordíalo con desesperada ferocidad, arrancándole pedazos de piel, tirábalo a lo alto y cuando caía lo atacaba con el mismo ímpetu y la misma fiereza del principio. Su amo le gritaba, pero él era sordo a su clamor. Cuando vio que el animal no respondía a los golpes que le colocaba, quedóse en acecho a su lado, temeroso de que se escapara. En tanto, los que que estaban arriba gemían como si estuvieran seguros de que iban a morir. Cargó de nuevo su fusil el tirador y otra vez la bala respondió con certeza al blanco de su ojo derecho; pero en lugar de caer uno cayeron casi todos. Arrempujate peleó entonces como nunca lo había hecho; don Epifanio sacó la *cutacha* y fué en su demanda. Tres acuchillaban en el suelo al perro y dos se batían con don Epifanio. Estos cedieron pronto y acobardados y gemebundos buscaron la selva. Los otros, tenaces y enfurecidos, tenían al perro bañado en sangre; de un filazo partió don Epifanio a uno; los otros se le enfrentaron y como vieran que estaban solos, emprendieron la fuga.

Arrempujate yacía en tierra, envuelto en las hojas, jadeante, con los ojos llorosos y el cuerpo malherido. Su amo, todo ternura, lo cogió en sus brazos y lo llevó a su casa. Varios días duró la curación de las heridas de Arrempujate. Cierto día llegaron al patio los chanchos de un vecino; el perro, celoso y alerta siempre, dió en perseguirlos por un *cornizuelar;* al regreso manaba sangre de las heridas.

Las espigas, abiertas al viento, habían henchido de honda alegría los corazones de toda la familia. Una tarde de julio decía don Epifanio a su mujer, refiriéndose a la milpa: —Hijá, ¿verdá que las cosas cuestan muchísimo? A lo que ella respondió: —Sí, hijo; pero es la vida: trabajar pa vivir y vivir pa sufrir. Alegrémonos de tener salud.

Ya los elotes estaban sazonando. —Vamos a la milpa, Quintín; dicen que se ha despertao una epidemia de loros, dijo una mañana don Epifanio, sacando los caites de un rincón. Tú, tú, tú, Arrempujate, se oyó en el ámbito del patio. Y con los labios apretados entonó Quintín la canción que comienza: —Aquí vengo a dejar los recuerdos, etc.

No tardaron en oír la algarabía de los loros. —Démoles un susto, dijo Quintín a su padre. —La gracia sería matarlos a todos, dijo don Epifanio. En cada mata había hasta tres, comiendo en los flancos, en medio de francas risotadas. —Voy a dispararles un tiro pa ver cuántos me apeo, dijo don Epifanio despachando las municiones con el índice. Al disparo, nacieron del maizal y de un papaturro cercano, millares de loros cual hojas arrebatadas por el viento. Arrempujate les latía viéndoles ir; don Epifanio, con las mandíbulas apretadas, se decía como el Emperador romano: Deseara que tuvieran una sola cabeza pa apiárselas de un machetazo.

Regresaron a la casa pensando en los desastres ocasionados por los *come-masa,* como los llamaba Quintín. Don Epifanio no podía dormir la noche de ese día, pensando en cómo acababa con los citados animales. Apenas la diosa del amanecer dardeó los campos con su preciosa luz, fueron de nuevo al maizal y otra vez presenciaron el mismo espectáculo. Don Epifanio multiplicó su enojo, pero con un fusil y unas pocas municiones no podía cumplir su deseo. —Pa qué matar dos o tres si los demás salen volando, exclamó echándose el fusil al hombro y llamando a sus compañeros. Yo les contaré cómo van a morir todos, dijo, dando el primer paso.

—Buscame unos calabazos de los más grandes que hallés, le dijo a su mujer en cuanto

llegó a la casa. Les abrió más la boca y se fue al monte. Al atardecer de ese día volvió con ellos repletos de *serapé*.

—¿Qué vas a hacer con ese serapé?, le dijo su mujer. —Yo sabré, le contestó don Epifanio, prendiendo un puro.

El tenía la sospecha de que los loros se posaban en el papaturro al clarear el día. Entonces concibió la idea de que untando serapé en todas las ramas y en las hojas de dicho árbol, los loros se quedarían pegados. As lo pensó y así lo hizo. Fué en la tarde de un día a la milpa y forró todas las ramas y las hojas del papaturro con serapé. Volvió a la mañana siguiente a ver el resultado. En cuanto llegó, vió que el papaturro había cambiado de aspecto: en lugar de hojas, eran loros los que le servían de ropaje; para verlos bien puso el fusil y la cutacha en el suelo, quitóse el puro de la boca y se echó el sombrero sobre la nuca. Atrás venían Quintín y Arrempujate pesquisándole las vueltas. —Así los quería ver, exclamó, cuando advirtió la presencia de ellos. Recogió la cutacha y subió al árbol con ella atada a la cintura. Les largó un grito formidable para ver qué hacían; los loros, atemorizados hasta lo indecible, intentaron volar, y como eran muchos, arrancaron el árbol, igual que si hubiera sido una hierba nacida en el barro. Se elevaron a muchos pies de altura; don Epifanio alcanzó a oír los latidos de Arrempujate. Volaron por espacio de dos horas: cuando don Epifanio (que nunca había volado) empezó a sentir un malestar en el estómago, desenvainó su cutacha y el loro que alcanzaba lo partía en dos tantos. De esta manera fue mermando la fuerza del *árbol volador* y cayeron lentamente en las orillas de un río de un país extraño. Bajó don Epifanio y preguntó dónde estaba. Las gentes le contestaron en un idioma desconocido. Les llamó mucho la atención aquellos pájaros verdes de voces peculiares. Inmediatamente le ofrecieron comprarlos. Don Epifanio, profundamente emocionado, al ver que iba a enriquecerse sin pensarlo, les dijo por medio de señas: —Los he traído para venderlos; son animales muy graciosos que aprenden a hablar como las personas.

Tuvo que buscar sacos para guardar el dinero que le produjo el negocio. Luego que terminó la venta, recorrió el país para conocerlo bien; pero le atormentaba el recuerdo de la familia ausente. Un día emprendió el regreso para ir a vivir otra vez entre la tranquilidad de sus animales, de sus huertas, de su mujer y de su hijo. Y hubo paz y prosperidad en aquel hogar de humildes labriegos.

Benildo Leal.

Santa Cruz, Gte., 22 de Nov. de 1935.

La lección del Dr. Palacios

(Envío de la Federación Universitaria de Buenos Aires).

La Plata, 19 de octubre de 1943.—Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Doctor Gustavo Martínez Zuviría.

He recibido hoy un telegrama del señor sub-Secretario del Ministerio a objeto de que me sirva informar si algunas de las personas cuyos nombres me transcribe pertenecen a esta Universidad.

Se trata de individualizar a profesores firmantes de un manifiesto, que el señor Ministro, según me entero por la publicación de su respuesta a la carta del señor Rector de la Universidad de Córdoba, juzga que deben ser exonerados.

Con toda la consideración que el señor Ministro me merece, debo expresarle que tanto la alta investidura del cargo que desempeño como mi concepto de la dignidad me impiden, en este caso, la ejecución de esa diligencia.

Por otra parte debo expresar también al señor Ministro con toda lealtad que no podría dar cumplimiento a un decreto de expulsión de profesores que no se hubiese iniciado en la casa de estudios que tengo el honor de presidir donde, según sus propias palabras contenidas en la carta que me dirigió con fecha 13 de septiembre, realizo una "campaña generosa en favor de una Universidad que actúe a fondo sobre la sociedad humana, siendo a la vez efecto y causa, dando y recibiendo espíritu y formas".

Mi ley como Rector es el Estatuto Universitario. He jurado cumplirlo ante los profesores que me eligieron y a ellos debo cuenta de mi conducta.

Por ley de 1885 se reservó el Poder Ejecutivo la atribución de nombrar los profesores titulares por elección en la terna que presentaran los consejos y la destitución de profesores "a propuesta de las Facultades respectivas".

En un caso análogo al que plantea el señor Ministro dos argentinos ilustres, Rodolfo Rivarola y Joaquín V. González, defendieron la autonomía de la Universidad Nacional de La Plata con motivo de un intento de investigación relativa a capacidad de profesores y justo es reconocer que el Poder Ejecutivo advirtió su error.

La ley Nº 4699, confiere al Consejo superior y al Presidente "el gobierno supremo didáctico, disciplinario y administrativo de la Universidad". No pueden ser discutidas, dijo entonces el ilustre fundador de esta casa, las atribuciones del Congreso para proveer lo conducente al progreso de la instrucción superior universitaria, ni al hacerlo con la Universidad de La Plata en la forma en que lo ha resuelto ha perjudicado ninguna facultad del Poder Ejecutivo. Este mismo lo entendió así, como autor originario del proyecto que el Congreso sancionó sin alteración alguna de importancia. Además la ley reconoce la autoridad de la asamblea general de profesores con facultad de pronunciarse en asuntos graves de disciplina que afecten la integridad de la Corporación.

Comprendo perfectamente que me dirijo a un Ministro que forma parte de un gobierno que puede a su arbitrio resolver lo que juzgue conveniente, pero yo no dispongo, como Rector de la Universidad, de otro recurso que el de la ley.

Soy antes que nada un educador y acabo de decirles a mis discípulos repitiendo palabras de Bergson: El educador es un creador de acciones, de tendencias morales, nunca un funcionario sin alma.

Mi dignidad como educador no me pertenece sólo a mí; es el ejemplo que debo a la juventud.

Saludo al señor Ministro con mi consideración más distinguida.—(Firmado): *Alfredo L. Palacios.*

—o—

"Tengo a honra acusar recibo de su atenta de fecha 19 del corriente en laque me manifiesta su imposibilidad de dar cumplimiento a la comunicación telegráfica de fecha de ayer, por impedírselo así el estatuto que rige esa Universidad. Como lo recuerda el señor Presidente, el Poder Ejecutivo que me honro en representar ostenta un título que de conformidad con la acordada de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, le faculta para realizar los actos conducentes a sus propias finalidades. Por tanto, reitero al señor Presidente el telegrama mencionado y lo saludo con mi más distinguida consideración.— (Fdo.): G. Martínez Zuviría, *Ministro de Justicia e Instrucción Pública".*

—o—

La Plata, 21 de octubre de 1943.—Señor Vicepresidente de la Universidad Nacional de La Plata, Ing. Gabriel C. del Mazo.

Elevo a Ud. mi renuncia del cargo de Presidente de la Universidad Nacional de La Plata para que se sirva hacerla llegar a la Asamblea de Profesores, quien deberá aceptarla.

Circunstancias conocidas, me obligan a devolver cual depósito sagrado que no tolera disminución, la investidura con que fuí honrado en 1941. Después de mi negativa a dar cumplimiento al Decreto del Poder Ejecutivo declarando cesantes a seis profesores de esta Casa, el señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública en la atenta nota que ya conocen los miembros del H. Consejo Universitario, insiste en que debo acatarlo por emanar de un gobierno reconocido por la Suprema Corte, que puede "realizar válidamente los actos necesarios para el cumplimiento de los fines perseguidos por él".

Yo he invocado para justificar mi actitud el deber imperioso de respetar el Estatuto Universitario, que es mi ley como Rector; y agrego, ahora, que el reconocimiento emanado del más alto Tribunal de Justicia, se basa en la declaración del gobierno de "que mantendrá la supre-

(Concluye en la pág. 79).

Antología y Panorama de la Poesía Norteamericana

Panorama y versiones de **José Coronel Urtecho**

(*Envío del autor*. Granada, Nicaragua. 1943).

(2a. parte. La 1ra. véase en el Nº 3 del tomo en curso).

LUCINDA MATLOCK

Yo iba a los bailes en Chandlerville
Y jugaba en Winchester al cambio de parejas.
Una vez que cambiamos parejas
De vuelta a casa en coche a la luz de la luna de mediados de Junio,
Me encontré a Davis.
Nos casamos y vivimos juntos setenta años
Gozando, trabajando, criando doce hijos
De los que ocho murieron
Antes que yo cumpliera los sesenta.
Yo hilaba, yo tejía, manejaba mi casa, cuidaba enfermos,
Cultivaba el jardín y los días de fiesta
Vagaba por los campos en que cantaban las alondras,
Y en las orillas de Spoon River recogía mucha concha,
Y mucha flor y hierba medicinal—
Gritando a las colinas llenas de bosques,
Cantando a los verdes valles—
A los noeventiséis ya había vivido suficiente, eso es todo,
Y pasé a un dulce reposo.
Qué es lo que oigo decir de tristeza y fastidio,
Mal humor, descontento, y falta de esperanzas?
Degenerados hijos e hijas.
La vida es demasiado fuerte para vosotros—
Amar la vida quiere vida.

Edgar Lee Masters.

POLLITA LORIMER

Todos amaban a Pollita Lorimer en nuestra aldea
Allá lejos.
Todos la amaban.
Porque todos amamos una resuelta muchacha que atrapa,
Un sueño que quiere.
Nadie sabe ahora adónde fué Pollita
Nadie sabe por qué empacó su cofre ..unas pocas cosas viejas
Y se marchó,
Con su minúscula barbilla
Alzada hacia adelante,
Y sus suaves cabellos meciéndose al desgaire
Bajo el sombrero aludo.
Bailarina, cantora y riente amante apasionada.
Eran diez o cien hombres los que a Pollita Lorimer seguían?
Eran cinco o cincuenta corazones heridos?
Todos amaban a Pollita Lorimer,
Y nadie sabe a dónde se marchó...

Carl Sandburg.

LA ESPERANZA ES UNA BANDERA HECHA TRIZAS ..

La Esperanza es una bandera hecha trizas y un sueño a destiempo,
La Esperanza es una palabra hilada en el corazón, el arco iris, la mata [de sábalo toda de blanco,
La estrella de la tarde inviolable sobre las minas de carbón,
El temblor de las luces del Norte en una amarga noche de invierno,
Los cerros azules detrás del humo de las fábricas de acero,
Los pájaros que siguen cantando a su pareja en paz, guerra, paz,
Las bombillas-cocuyos de a diez centavos floreciendo en una venta de [autos usados.
La herradura en la puerta, el amuleto en el bolsillo,
El beso y la confortante risa y resolución—
La Esperanza es un eco, la Esperanza se anuda más allá, más allá.

La grama primaveral que aparece donde menos se espera,
La rodante vaporosidad de nubes blancas en un cambiante cielo,
Las radiodifusiones de cuerdas del Japón, campanas de Moscú,
La voz del Primer Ministro de Suecia transportada,
Sobre el mar en pro de una familia universal de naciones,
Y niños cantando coros al Niño Jesús,
Y Bach radiodifundido desde Belén, Pensilvania,
Y altos rascacielos prácticamente vacíos de ocupantes
Y manos de hombres fuertes buscando apretones de manos
Y el Ejército de Salvación cantando Dios nos ama...

Carl Sandburg.

QUIEN? ....

Quién puede hacer un poema de las profundidades del cansancio
y hacérselo entender a los que nunca han visto las profundidades?
Los que ordenan lo que quieren
cuando lo quieren—
¿podrán comprender a los miles de abajo
que vuelven a casa donde su esposa y sus hijos de noche
y noche tras noche hasta aquí demasiado valientes e indómitos
para decir "Todo me duele?"
¿Cómo puede un poema ocuparse del costo de producción
y dejar fuera definida miseria que paga
un precio permanente en salud destrozada y temprana vejez?
¿Cuándo se pondrán ingenieros y poetas
de acuerdo en un programa?
¿Será un día frío? ¿Será una hora especial?
¿Habrá algún tonto entonces?
Y si es así ¿quién?
¿Y qué dice la Biblia Cristiana?
¿Y el orán mahometano y Confucio y los Shintoístas?
¿Y las Encíclicas de los Papas?
¿Habrá algún tonto entonces?
Y si es así ¿quién?

Carl Sandburg.

LILAS

Lilas,
Falso azul,
Blanco,
Morado,
Color lila,
Vuestros grandes borbotones de flores
Están por donde quiera en mi Nueva Inglaterra.
Entre vuestras cordiformes hojas
Anaranjadas oropéndolas brincan
Como pajaritos de caja de música y cantan
Dulces y quedas cancioncillas;
En los ganchos de vuestras ramas
Los ojillos brillantes de los gorriones cantarines,,
Echados sobre huevos pintados,
Atisban inquietos a través de la luz y la sombra
De todas las primaveras.
Lilas en los portales
Conversando en voz baja con la luna temprana;
Lilas cuidando una casa abandonada,
Enfilándose a los lados en la grama de un antiguo camino;
Lilas al viento, meciéndose bajo un podado montón florido
Arriba del bodegón cavado en la colina.
Estáis donde quiera
Estabais donde quiera
Tocasteis a la ventana cuando el predicador predicaba el sermón,
Corristeis en el camino junto al muchacho que iba a la escuela,
Os parasteis en las cercas del potrero para darles a las vacas buena leche,
Convencisteis al ama de que su paila era de plata
Y su marido era una imagen de puro oro.
Entrasteis luciendo la fragancia de vuestros capullos
Por los amplios zaguanes de las Aduanas—
Vosotras y él sándalo y el té,
Alborotándoles las narices a los plumíferos amanuenses

Cuando un buque llegaba de la China.
Vosotras les gritabais; "Ganzi-plumes escribientes, ganzi-plumes escribientes,
Mayo es el mes para zarpar".
Hasta que se encorvaban en sus altas banquetas
Y se ponían a escribir poesías en su papel de cartas
Tras las pilas de libros de cuentas.
Paradójicos amanuenses de la Nueva Inglaterra,
Escribiendo inventarios en los Libros Mayores
Y de noche leyendo el Cantar de los Cantares,
Tantos versos antes de acostarse
Sólo porque eran de la Biblia.
Los muertos os nutrieron
Entre las piedras inclinadas de los camposantos
Fantasmas pálidos que os plantaron
Venían por la noche
Y dejaban volar sus cabellos sutiles
Entre el hacinamiento de vuestros tallos.
Sois del mar verde
Y de las petreas colinas que se alejan.
Sois de los grandes parques donde todos pasean y nadie se siente en casa.
Cubrís los lados cerrados de los invernaderos
Y os asomáis arriba para decir una palabra al vuelo por los cristales
A vuestras amigas las uvas que están dentro.

Lilas,
Falso azul,
Blanco,
Morado,
Color lila,
Ya olvidasteis vuestro origen del Oriente,
Las mujeres veladas con ojos de panteras,
Los hinchados, insolentes turbantes de enjoyados Pashás.
Sois ahora una flor muy decente,
Una flor reticente,
De curiosa manera recortada, cándida flor,
Crecida al lado de las limpias portadas,
Amiga de un gato casero y de un par de gafas,
Qué hacen poesía con un poco de luna
Y cien o doscientos capullos agudos.
Maine os conoce,
Os ha conocido por años de años,
New Hampshire os conoce,
Y Massachusetts
Y Vermont.
Cape Cod os echa a correr por la costa hacia Rhode Island
Connecticut os lleva dede un río hasta el mar.
Sois más lustrosas que manzanas,
Más olorosas que tulipanes.
Sois el desbordamiento de nuestras almas
Reventando por encima de las figuras de hojas de nuestros corazones
Sois el olor de todos los veranos,
El amor de esposas o hijos.
Sois Parlamentos y Constituciones
Y el familiar ir y venir de nuestros pies en un camino que conocen.
Mayo es lila aquí en Nueva Inglaterra,
Mayo es un tordo que canta "Sol arriba" en un fresno empinado
Mayo es blancas nubes tras los pinos
Sopladas para arriba y bogando en cielo azul
Mayo es un color verde cual ningún otro,
Mayo es mucho sol a través de hojas pequeñas,
Mayo es tierra suave,
Y flores de manzano,
Y ventanas abiertas a un viento sur.
Mayo es un sostenido, suave soplo de lilas
Desde el Canadá a la bahía de Narraganset.

Lilas,
Falso azul,
Blanco,
Morado,
Color lila,
Corazones de hojas de lila en toda Nueva Inglaterra,
Raíces de lilas bajo el suelo de toda Nueva Inglaterra,
Lila en mí porque soy de Nueva Inglaterra,
Porque mis raíces están en ella,
Porque mis hojas son de ella,
Porque mis flores son de ella,
Porque es mi tierra,
Y le hablo a ella sobre ella misma,
Y canto de ella con mi propia voz
Pues ciertamente es mía.

Amy Lowell.

PREGON . . .

¡Mis cantos vendo, buen señor! . . .
Venga a comprar.
Este a su dama hará llorar,
Este de aquí la hará reír,
Y por este otro le será fiel
Para siempre jamás.
¡Mi buen señor, venga a comprar!

¡Ah! no; no comprará!

¡Mis cantos vendo, linda niña!
Ven a comprar.
Este el hechizo de Liliz te enseña,
Este de aquí el saber de Helena,
Este conserva tu pelo dorado dorado
Este tus ojos azules azules;
¡Mi linda niña, ven a comprar!

¡Ah! no; no comprará!

Si tuviera todo el dinero que quisiera
Nunca mis cantos pusiera a vender,
Nunca mis cantos pusiera a vender.

Adelaide Crapsey.

UN PUÑADO DE POLVO

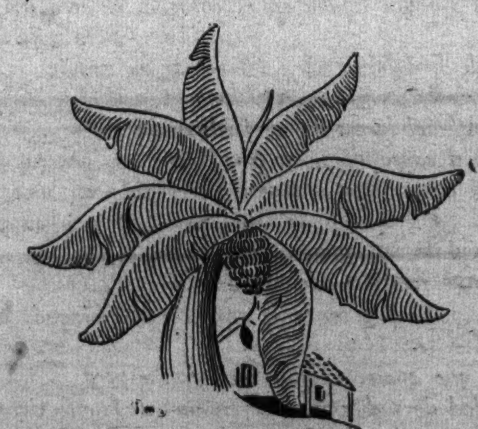
Me incliné hasta la tierra callada y alcé de ella un puñado de polvo . . .
Era un puñado de humanidad lo que empuñaba?
Era la atonizada y esparcida belleza de una mujer o de un bebé?
Porque el viento esparce por las colinas de la tierra el polvo de las marchitas generaciones.
Y no hay ni una gota de agua en el mar que no haya sido gota de sangre o lágrima.
Y no hay ni un átomo en la savia de una hoja o de un capullo que no haya sido savia de amor de un ser humano.
—Y no hay terrón que no haya sido rosada curva de un labio, un pecho, una mejilla . . .
Puñado de polvo, tú me asombras . . .
Nunca soñé que el mundo estuviera tan lleno de los muertos;
Ni el aire que respiro tan rico de pasado sorprendente;
Besos de qué muchachas hay en el viento?
Lamentos de qué muertes en las rompientes olas que arroja el mar?
Me hallo envuelto en un aire de alas en fuga,
Me hallo engolfado en nubes de vidas de amor pasadas . . .
¿Quién se inclina allá lejos? ¿Helena de Grecia?
¿Quién camina a mi lado? ¿Isolda?
Los árboles están botando flores del pecho de Julieta,
Y la abeja chupa miel en los labios de David . . .

Ven muchacha, camarada,
Párate junto a mí, tú la quemada de sol, con tus brillantes ojos alzados,
Mira este polvo . . .
Esto eres tú; esto, de la tierra que pisas, eres tú.
¿Por qué milagro alzada? ¿Por qué magia modelada?
Soplada por qué dios?
Y dentro de cien años alguno como yo podrá venir
E inclinarse y alzar un puñado de la suave Tierra,
Y no soñar jamás que allí en la palma de su mano
Yace la que reía y corría y vivía junto a este mar
En una tarde cien años antes . . .

Escucha al polvo de esta mano:
¿Quién es el que trata de hablarnos?

James Oppenheim.

(Seguirá).



(Dibujo de Sánchez).

La lección del Dr...

(*Viene de la pág.* 76).

macía de la Constitución y de las leyes del país en el ejercicio del poder".

Abandono con pesar esta Casa de estudios cuya obra ha sido siempre de construcción y de concordia; de renovación de métodos; de disciplina y moralidad en la conducta, así como de aplicación rigurosa de las ordenanzas.

Como Rector, he reprobado, siempre, con claridad y sin vacilar, el falseamiento de nuestras instituciones, haciendo que en la doctrina y en la práctica de nuestra vida universitaria, fueran desterrados la demagogia y el fraude, la injusticia y el favoritismo para que imperara un sistema legal de puertas abiertas, de equilibrio de poder, de castigo a los que delinquen y de eliminación de influencias políticas y privadas, capaces de alterar los fines superiores de la enseñanza.

R así, no obstante las transgresiones a la ley y a la moral que se producían en el país, esta Casa ha podido desarrollar su labor, de saneamiento intelectual y reafirmación de principios éticos sin que jamás se le haya trabado, ni siquiera con un gesto, en ese empeño urgentísimo y primordial. Sin duda, porque la Universidad no es un simple rodaje administrativo sino una institución autónoma y pacífica, cuyas aulas y gabinetes de investigación desde los cuales se imparte cultura, deben ser sagrados para la fuerza.

Agradezco a los Sres. consejeros y profesores su colaboración eficaz en la gestión rectoral, y expreso mi afectuosa simpatía a los jóvenes estudiantes que respetaron siempre mi autoridad, y cuyos representantes en el Consejo Superior Universitario procedieron con dignidad y rectitud demostrando, así, las ventajas de la ingerencia estudiantil que es garantía de entusiasmo e inspiración noble.

Saludo al señor Vicepresidente con mi más distinguida consideración.— (Firmado): *Alfredo L. Palacios*.

Noticia de libros

(*Viene de la pág. siguiente*).

Thomas Mann: *Cervantes, Goethe, Freud*. Traducciones de Ramón de la Serna y Espina y Felipe Jiménez de Asúa.

Con un prólogo de Guillermo de Torre, quien dirige la colección "La Pajarita de Papel".

En los "Cuadernos del Arquero":

Santiago Monserrat: *Antonio Machado, poeta y filósofo*.

Un estudio que interpreta luminosamente las ideas filosóficas y estéticas del creador de Juan de Mairena y Abel Martín.

José González Gale: *El Plan Beveridge y la Seguridad Social*.

Distribuido por la Editorial LOSADA:

Albert Q. Maisel: *Milagros de la Medicina Militar*. Traducción directa del inglés por Teba Bronstein. Editorial ABRIL. Bs. Aires. 1943.

Dramático relato de las últimas conquistas de la ciencia médica y de sus aplicaciones en el gigantesco campo experimental que brindan las guerras.

LIBROS DE MEDICINA

(En esta columna se analizarán todos los libros que traten de las ciencias médicas y que sean remitidos a la Dirección).

Albert Q. Maisel: Milagros de la Medicina Militar. *Editorial Abril, Buenos Aires*, 1943.

Este libro de lectura muy amena, incluye la discusión de asuntos tales como los anestésicos, la transfusión, el método de Trueta, la técnica del manejo de las quemaduras y heridas serias en los frentes de batalla, de la medicina y la aviación, etc. Las fuentes de referencia muy modernas, incluyen los trabajos importantes de los rusos. La técnica de la presentación de los diversos capítulos es novedosa, novelesca. Es una obra para el lector inteligente y se recomienda sin reservas aún para médicos.

e. g. c.

—o—

Señalemos al Editor: EL ATENEO. Bs. Aires. (Librería Científica y Literaria. Casa Editora. Pedro García. 340-Florida-344. Buenos Aires, Rep. Argentina).

Edita muy buenas obras. Como atención del compilador y de los autores, hemos recibido las siguientes:

Vida de Benvenuto Cellini, artífice y escultor florentino. Escrita por él mismo. En la cual se refiere a muchas particularidades del Arte y de la Historia de su tiempo, exhumada de un óptimo manuscrito. Compilación, revisación y epílogo de Leonardo Estarico.

Ilustrada con 33 grabados y 5 litografías que reproducen las mejores obras. Precio del ejpr. empastado (precioso): $ 12.99 m. arg.

Enrique Larreta: *Tenía que suceder*... Novela dramática.

Con el autor: Juramento 2291. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Mario Bunge: *Temas de Educación Popular*.

Educación del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Mario Bunge, hijo del reputado Dr. Augusto Bunge, y Secretario General de la Federación Argentina de Sociedades Populares de Educación.

Con el autor: Garay 431. Bs. Aires. Rep. Argentina.

El primer aeroplano que vimos volar en San José

(En el *Rep. Amer.*)

¡Hace ya tantos años!

Se corrió la noticia entre toda la muchachada de que una de esas raras máquinas de volar había llegado a La Sabana y allá fuimos en tropel.

Venía el aeroplanito, que era un Bleriot de una sola plaza, desarmado en un carro de ferrocarril.

Se construyó un cobertizo y a él fueron a dar las piezas para armar la máquina.

El dueño, si mis recuerdos me son fieles, era un Sr. Seligman o algo así.

Buscó para que le ayudara a un señor mecánico, no puedo decir si era don Arturo o don Emilio Aubert.

Nosotros ,los muchachos, estábamos pegados, como la sombra al cuerpo, a los trabajadores, esperando que la faena concluyera.

¡Pasaron días!

Aquello era difícil de ajustar y había que dejarlo todo muy bien colocado y revisado.

Varias veces se probó el motorcito: Nos decían que sostuviéramos duro, fuerte, de la cola y echaban a andar...

El ventolero nos quitaba los sombreros y todos gritábamos y llenos de emoción esperábamos el momento de ver levantarse aquel pájaro!

Por fin un día nos dijeron que mañana volará...

¡Qué día ese!

¡Pocas emociones mayores he sentido en mi vida!

Al día siguiente había bastante gente. Hicimos un círculo, pero nosotros, los ayudantes de buena voluntad, estuvimos listos a servir...

Roncó el motor, la hélice nos quería arrancar el cabello pero no aflojábamos.

El aviador estaba en su puesto y de pronto: ¡Suelten!

Soltamos, la máquina corrió, ya no tocaba el suelo; el corazón se nos salía y pudimos ver que el aeroplano, en pleno aire, volaba sobre nuestras cabezas, a unas seis u ocho varas!

Dió una vuelta como por sobre el portón de donde doña Julia Alvarez, y cayó.

La gente esperaba más vuelos, pero el señor dijo que no era posible por alguna razón que no recuerdo.

El público indignado le arrojó insultos y boñigas secas...

Así vi volar por primera vez en mi vida a un hombre y esa impresión se quedó grabada eternamente en mi conciencia!

Juan José Carazo.

Desamparados, Costa Rica, 1943.

Los dibujos de Sánchez *que ilustran esta entrega—y otros que han de ilustrar las sucesivas—son un obsequio de nuestro excelente amigo* don Manuel Crespo, *hasta hace unos días, Encargado de Negocios ejemplar del Ecuador en Costa Rica.*

EDITOR:
J. García Monge.
TELEFONO 3754
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

EXTERIOR:
UN TOMO: $ 3.00
oro am.
DOS TOMOS: $ 5.00
Giro bancario sobre
Nueva York

Noticia de libros

Indice y registro de los libros que se reciben de los autores, Casas editoras y Centros de Cultura.



Los libros y folletos que hemos recibido en estos días y que mucho agradecemos:

With the compliments of the Director of the Economic, Financial and Transit Department, League of Nations:

Agricultural production in continental Europe during the 1914-18. *War and the reconstruction period.* League of Nations. 1943.

—o—

Atención del autor: *Sedienta cita.* Poemas. Por Cintio Vitier. La Habana. 1943.

—o—

Atención del Prof. Dr. Alejandro Lipschütz, Director del Departamento de Medicina Experimental del Servicio Nacional de Salubridad, en Santiago de Chile:

La Organización de la Universidad y la investigación científica. Editorial NASCIMENTO. Santiago. Chile. 1943.

(*"Universidad, Investigación Científica, Educación Profesional, Educación Secundaria y Primaria, no son problemas de orden puramente técnico, sino están íntimamente entrelazados con los sucesos sociales contemporáneos. Pasamos en la hora actual por una de las más grandes revoluciones sociales que ha conocido la humanidad—y vale en este momento preocuparse del problema universitario, con miras prácticas, inmediatas"*).

—o—

Dos cuadernos de Othón Castillo Vélez:

Los primeros... (Contribución al estudio de la Historia de la Pedagogía Ecuatoriana). El Grupo de Pedagogía y Letras de Guayaquil. 1905 a 1911.

Nuestro suelo. Primer Premio en la Facultad de Jurisprudencia, con motivo de las Bodas de Diamante de la Universidad de Guayaquil. (Diciembre 1º de 1942). Guayaquil. 1943.

—o—

Un Concejo Municipal que da el buen ejemplo: el de Ambato, en Ecuador. En las publicaciones del Ilustre Concejo Municipal: Juan Montalvo: *Siete Tratados.* "Del Genio" (Tratado IV) "Los Héroes de la Emancipación de la Raza Hispanoamericana" (Tratado V). En un tomito. Ambato. 1943.

Atención de la Casa de Montalvo, en Ambato.

—o—

Envío del Grupo *América,* Quito, Ecuador:

Dr. Juan José Samaniego: *Bioestadística en el Cosmos Ecuatoriano.* Quito. 1943.

Exposición del Libro Venezolano. Homenaje del Grupo América al Excmo. Sr. General Dn. Isaías Medina Angarita, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, con ocasión de su visita a la Rep. del Ecuador. Días: del 26 al 30 de julio. 1943.

—o—

Envío de la Biblioteca Nacional, Departamento de Canjes, Bogotá, Colombia:

Cecilia Hz. de Mendoza: *Miguel Antonio Caro.* Diversos aspectos de un humanista colombiano. Bogotá. 1943. Prensas de la Bib. Nacional.

(*"La Srta. Hernández Mariño...: resolvió acometer de frente la empresa, estudiar a Caro en sus obras, para recibir una impresión directa del talento del autor y expresar su opinión con absoluta independencia, como si nadie se hubiese ocupado antes que ella en el estudio de aquel eminente compatriota"*).

—o—

Remite la Biblioteca *Alberto M. Andrade,* Cuenca, Ecuador, Sección de Canjes: *La Escuela Nueva en el Ecuador.* Por Ignacio Andrade y A. 1940.

—o—

Se trata de la Liga de Acción Política, en Bogotá. Su lema: *Por una Colombia justa, en una América libre.* Nos remite este folleto:

Manifiesto al país. La izquierda ante el presente y el porvenir de Colombia.

—o—

Envío de la *Revista del Banco de la República,* Bogotá, Colombia:

Miguel Antonio Caro: *Escritos sobre Cuestiones Económicas.* Imprenta del Banco de la República.

Es una compilación hecha por el Banco de la República como homenaje a la memoria del insigne humanista bogotano en el Centenario de su nacimiento, Noviembre 10 de 1943.

—o—

Nos remite la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Tucumán (Rep. Argentina):

Orestes Di Lulio: *El Folklore de Santiago del Estero* (Material para su estudio y ensayos de interpretación). Tucumán. Argentina. 1943.

Un plan, una guía para quienes quisieran, y pudieran, hacer lo mismo en otras regiones de nuestra América descuidada e ignorada en lo mejor que contiene:

Fiestas, Costumbres, Danzas, Cantos, Leyendas, Cuentos, Fábulas, Casos, Supersticiones, Juegos infantiles, Adivinanzas, Dichos y Refranes, Loros y Cotorras, Conocimientos populares.

Es la Publ. III, Sec. Folk., y X del Instituto de Historia, Lingüística y Folklore del Departamento de Investigaciones Regionales de la Universidad Nacional de Tucumán.

—o—

La Editorial LOSADA (Bs. Aires. Alsina 1131) se anuncia con estos libros:

Guillermo de Torre: *La aventura y el Orden.*

("En Arte y en Literatura hay dos corrientes: la *aventura* y el *orden,* la *invención* y la *tradición,* la *novedad* y la *calidad.* ¿Cuál preferir? A este ensayo fundamental siguen otros sobre: Unamuno, Ortega, García Lorca, Machado, Picasso y el cubismo, Freud y el psicoanálisis en arte, Walt Whitman, Valery, Rilke, Herrera y Reissig, Supervielle, etc.")

(*Atención del autor*).

Jacinto Grau: *Los tres locos del mundo. La señora guapa.*

Cuatro retablos de farsa escénica (*Los tres...*) y tres actos de comedia seria para gente frívola (*La señora...*)

El Pensamiento vivo de Francisco Vitoria. Presentación por Angel Ossorio.

("...uno de los más ilustres tratadistas españoles, restaurador del Derecho Internacional como es el *Padre Vitoria,* cuyas doctrinas generosas se anticipan a las sustentadas por muchos juristas modernos. Y nadie más capacitado para extraer la síntesis y exponer lo fundamental de su ideología que don Angel Ossorio).

Ernesto L. Castro: *Los Isleros.* Novela.

Premio único de la selección argentina para el concurso (1942-43) de la mejor novela latinoamericana, efectuado en Nueva York.

(*Atención del autor*).

(*Sigue en la página anterior*).